Guillermo Schmidhuber de la Mora

ELOGIO DE LA BESTIALIDAD

— Ensayo fabulado —

Algunos obran y luego piensan, otros, ni antes ni después… Son tontos todos lo que lo parecen y la mitad de los que no parecen.

Oráculo manual y arte de prudencia, Baltasar Gracián

Si los estúpidos son los que están más satisfechos consigo mismos y los más admirados, ¿quién preferiría la verdadera sabiduría, que cuesta tantos trabajos adquirir y que además convierte a su poseedor en un ser tímido y sin atractivos?

Elogio de la locura, Erasmo de Rotterdam

De cómo los animales enviaron nueve cartas a los humanos para que comprendieran los desbarres que habían perpetrado en contra de la Madre Naturaleza que todos compartimos

Prólogo para el lector inteligente

I *La estulticia de la sinrazón*, carta de Los Póngidos inferiores

II *Elogio de la ignorancia*, carta del Asno filarmónico

III *La estulticia del olvido*, carta de la Elefanta memoriosa

V *La estulticia de la incomunicación*, carta del señor Perico y la señora Guacamaya

VI *Elogio del ocio*, carta de las Hormigas arrieras

VII *La estulticia de lo regional*, carta de una Yegua feminista

VII *La estulticia de lo ilógico*, carta del apolítico León

VIII *Elogio de la violencia*, carta de una Gata entrada a profeta

IX *La estulticia de lo ramplón*, carta de la Serpiente bíblica

Edicto de la Asamblea de los Animales

Prólogo para el lector inteligente

*Mucho hemos meditado sobre el título de este libro. Después de revisar el amplio vocabulario que posee la lengua española, decidimos que el título debiera ser «*Elogio de la Estulticia*», así, con mayúscula, por la admiración que recibe de tantos y de tantas; pero discurrimos que aquéllos que deberían sentirse aludidos, no comprenderían el título, y al no atar los cabos, pasarían de largo sin tomar este libro en sus manos, perdiendo la oportunidad de descubrir formas más profundas de pensamiento y de ejercitar acciones mayormente pensantes. Por eso recurrimos a vulgarizar el título, por uno más inteligible: «*Elogio de la Estupidez*». El libro se publicó por una sabia universidad, pero no causó revuelo, acaso porque el título conllevaba el sentir: "Que lo elogien otros, que de eso poco sé". Por eso al intentar revisar el título cuatro lustros después, lo bautizamos de* Elogio a la bestialidad*, menos referido a los humanos y más a nosotras, las bestias.*

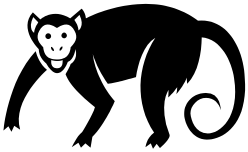
Sabio Lector, el libro que tienes en tus manos está escrito por la Academia de los Animales, la Zoonesco, que combate la extinción de muchos de nuestras especies y lucha en contra del resquebrajamiento de las peculiaridades de todas y cada una de sus familias, por lo que también vigila para que la razón humana no llegue a contaminarnos.

Aquéllos que creemos en la teorías evolucionistas, no aceptamos que el Reino Animal sea puesto en peligro, ni menos contemporizamos con el hecho de que nuestra Madre

Naturaleza no sea apreciada en su valía total por el género humano, último heredero del esfuerzo evolucionista que tomó millones de años en ser formado.

La Academia de los Animales ha cuidado tanto la razón ecológica del hábitat animal, como la ecología de la razón. La única forma de salvar la tierra es que todos aprendamos a pensar.

La Academia de los Animales.



Carta primera
LA ESTULTICIA DE LA SINRAZÓN

Algunos zoólogos han incluido al hombre entre los primates, familia que es llamada de esa manera no porque seamos primos del género humano, sino porque nosotros aparecimos primero que ustedes. Es indudable que los monos clasificados de antropoides por los científicos, guardan estrechas afinidades, tanto bioquímicas como estructurales, con los humanos. Aunque ustedes no sean clasificados como monopoides, algunos han logrado acortar el abismo que debiera separar nuestras facultades síquicas, hasta el punto que en muchos casos esta diferencia resulta salvable en ambas direcciones. Nosotros, los primates inferiores, constituimos un grupo propio dentro de la clase de los mamíferos y representamos, junto con ustedes, uno de los frutos más perfectos del largo proceso de la evolución de nuestra Madre Naturaleza. Entre los mamíferos merecen, unos más que otros, el apelativo de mamones, no únicamente porque las hembras amamantan a sus crías, sino porque tenemos comportamientos infantiles cuando ya tenemos edad de apareamiento. Los estudios de la paleontología enseñan que todos descendemos de los prosimios, que fueron los primates iniciales, animales de hábitos arborícolas porque vivían en las copas de los árboles y quienes disfrutaban de una dieta insectívora.

Una singularidad que sólo nosotros tenemos es la pentadictilia, es decir, la posesión de cinco dedos en la porción final de nuestras extremidades. Aún en las familias más primitivas, el pulgar se separa de los dedos restantes y se vuelve oponible, lo que nos dota de una gran capacidad de manipulación, alcanzando las extremidades su máximo desarrollo en el hombre; además las garras que tienen las especies inferiores, en nosotros se transforman en elegantes uñas. En nuestro esqueleto es notable la clavícula, maravilloso hueso que permite que los brazos efectúen movimientos laterales y de rotación sobre los hombros; los animales inferiores como el ratón, no tienen clavícula. Otra característica que nos hace ser seres de excepción es la relativa frontalidad de los ojos, que pasa de ocupar una posición lateral a situarse en la misma línea de la nariz, lo que permite un acortamiento de los huesos faciales y un incremento notable en la capacidad frontal. Consecuentemente el encéfalo aumenta en volumen y en peso, lo que implica una mayor coordinación en todos los órdenes. Además, la colocación de los ojos en la posición frontal, nos permite tener una visión estereoscópica para ver con mayor precisión los relieves; aunque en nosotros la capacidad olfativa es pobre, acaso como atrofia debida a la mayor intensidad de nuestros aromas corporales, más penetrantes que en otros órdenes inferiores de evolución; por ejemplo, los sobacos de las mariposas no apestan. De igual manera, el aparato dentario ilustra el alto grado de evolución, los prosimios poseen sólo dientes para dieta vegetariana, mientras nosotros, los simios, hemos desarrollado colmillos— símbolos de inteligencia— que nos permiten mayores niveles de agresividad, y molares que facilitan el ser omnívoros y, ¿por qué no?, invitan a la antropofagia y la simiofagia. Las muelas llamadas del «juicio» erupcionan a todos los póngidos, clasificación que incluye a los gibones, los chimpancés, los orangutanes, los gorilas y los humanos, aunque a los hombres les brotan más tard-

íamente. Son calificadas de muelas del «juicio» porque su aparición concuerda con la edad en que los humanos alcanzan su máximo grado de madurez, discernimiento y criterio; aunque para algunos de ustedes, esas cuatro molares son su única evidencia de que poseen juicio.

La evolución nos ha quitado la cola a los póngidos superiores, perdimos ese instrumento utilísimo para la vida sobre la copa de los grandes árboles, y que anteriormente nos impedía dar un mal salto aéreo al servir de conveniente paracaídas. También nos era útil para abrazar con tres extremidades a la pareja. Hoy los póngidos hemos ido perdiendo la cola, acaso porque al subir de tamaño y de peso, la larga extremidad prensora no pudo ya sostenernos y, dolorosamente, se arrancó, perdiendo también la información genética. Actualmente los humanos sienten de vez en cuando un escalofrío en la columna vertebral, que es el único indicio de que tuvieron cola y la perdieron por la tontería de abusar de su resistencia.

Las teorías de la evolución afirman que las especies vegetales y animales que habitan la tierra han sufrido—o gozado—de un proceso de cambio constante, por medio del cual, han desarrollado líneas evolutivas superiores. Ya el griego Anaximandro lo afirmaba al decir que los peces se habían formado a partir del barro y habían originado al resto de las especies superiores, creencia que no ha sido aceptada por casi ningún póngido. La evolución era fácil de creer en aquellos tiempos porque se aceptaba la generación espontánea de los gusanos en la carroña, y aún no se sabía la relación de causa a efecto, del coito a la preñez. Aunque con anterioridad algunos científicos propusieron principios evolucionistas, como Jean-Baptiste Lamarck, quien intentó demostrar que la jirafa había alargado el cuello en su afán de alcanzar las hojas más altas y que esta elongación había sido heredada. La teoría evolu-

cionista fue científicamente expresada por el naturalista británico Charles Darwin, quien publicó *On the Origin of Species by Means of Natural Selection* [no creemos que sea necesaria la traducción]. Darwin afirmó dos principios: la selección natural y la heredabilidad de las características adquiridas; por ejemplo, la descolización de los póngidos. Un factor no considerado en la historia del evolucionismo es que Darwin era británico, isla que no posee más póngidos que los humanos; en consecuencia, cuando vio Darwin al primer orangután no pudo menos que recordar a su abuelo. Nosotros sabemos que los simios poseemos tan variadas características como los humanos; así como los europeos perciben a todos los chinos iguales, así también los humanos consideran que los macacos son iguales a los lemures. Ambos son errores inadmisibles. Algunos científicos afirman que la superfamilia de los hominoideos se subdividió hace treinta millones de años en la familia de los póngidos inferiores y en la de los homínidos—clasificación que al incluir a la mujer también pudiera ser denominada mujéridos.

En la fase terminal de la evolución humana, los fósiles más antiguos de los homínidos hasta ahora son el *Australopithecus*, con una antigüedad de tres millones de años, posteriormente aparecieron el *Homo Erectus* hace dos millones de años, los neandertales hace unos 230 000 años y el *Homo Sapiens* hace sólo treinta mil años; mientras que nosotros seguimos siendo póngidos inferiores. No es que no quisiéramos evolucionar sino que presentimos que los hominoideos tendrían un triste final, por su olvido del instinto y su gusto por la violencia de la Naturaleza, lo que les apunta como el animal más depredador. Así la Academia de los Animales se vio en la triste decisión de expulsarlos de la gran familia zoológica, para que constituyeran un grupo de autocomplacencia aparte: la humanidad. Contra el ser no es posible luchar.

Si se es idiota, nada hay que la Naturaleza pueda rehacer. Hay dos grandes verdades en la vida natural: 1) La estupidez humana no tiene límites, pero su inteligencia, sí; 2) Su inteligencia no dura toda la vida porque se va acabando con los años, mientras que la estulticia se extingue tres días después de la muerte.

El gramático latino Nonius Marcelus decía que se daba el nombre de *bruto* a todo lo obtuso y rudo —¡peor para él!—, lo que expresó en latín como: «Brutum dicitu hebes et obtusum». ¡Y todo para describir con cortedad intelectual a aquellos que hemos sido calificados de brutos! Por su parte, Sextus Pompeius Festus afirmaba que para los antiguos los significados de bruto y pesado eran sinónimos, «Brutum antiqui progravem dicebant». Los humanos concluyeron que bruto quería decir pesado, como en *peso en bruto*, por peso total, o como en *materia en bruto*, por materia no trabajada. Por eso mismo, ustedes los humanos, llaman bruto al sujeto que por tener maneras pesadas, o simple y llanamente movimientos tardíos. Por esta misma razón, Plinio el Viejo—el afamado naturista que murió en la erupción del Vesubio por curiosidad científica al arriesgarse asomándose al cráter en demasía— calificó de brutos a nosotros, los animales. Lo hizo porque afirman los científicos que somos corpulentos y pesados, tardíos y feroces. Al llamar bruto a un hombre o una mujer, nos hace pensar que todo es posible en una inteligencia por lo pesada y obtusa que sea. *Estúpido* viene de 'stupere', de donde se origina la palabra estupor, del mismo modo que estupefacto. Así el estúpido es un hombre estupefacto del entendimiento. En conclusión, el bruto, según los humanos, es tan tardío como obtuso en sus concepciones y en sus maneras. El estúpido es torpe, como si estuviera entumecido del entendimiento. La brutalidad es constitucional, orgánica y fisiológica, como lo afirma el adagio popular: «El que bruto nace, bruto muere». Por el contrario, y para salvación de

muchos humanos, la estupidez es ocasional, ¡bueno!, para algunos, y para otros parecería facultad perenne.

El vocabulario de la estulticia no es polisémico para los póngidos inferiores porque todos somos bestias y no nos avergonzamos de serlo; además no podríamos unos serlo y otros parecerlo; es un sólo y único concepto. Mientras que ustedes, los hominoides, tienen una infinita variedad de epítetos; la imbecilidad y la estupidez son tomados prestados de nuestro vocabulario, aquél que nos califica sin describir nuestro comportamiento; mientras que esos conceptos son epítetos que sólo califican al hombre y a la mujer: la idiotez, y más aún la demencia y las explicaciones médicas como la hidrocefalia y la acefalia. Por eso no se le puede decir a un animal idiota o demente. Hay sobrados adjetivos para calificar a los póngidos superiores: impotente, incapaz, inhábil o torpe, que no pudieran aplicarse a los póngidos inferiores. Podrán llamarnos los humanos *brutum fulmen*, por brutos fulminantes, empero nosotros nunca hemos sufrido de carencia o flaqueza del entendimiento. La masa encefálica que te nemos es suficiente y no queremos más. Los animales no somos torpes, ¿quién ha oído de un pájaro inepto o de una mariposa ineficaz, o de un perico falible? El hombre sí puede estar aplatanado; sin embargo, al aplicar el mismo adjetivo a un orangután sólo hace referencia a que comió bananos en demasía. Nos ofende cuando un humano dice de otro: «Si lo menean, da bellotas», y sentimos que es muy denigrante para nosotros cuando alguien dice de un humano que ¡cocea, ladra o rebuzna!, cuando estos comportamientos son totalmente aptos para un animal.

Aunque sus filósofos afirman que la Razón es la facultad superior que obra en el hombre [y en la mujer], por cuya virtud razonan —¡a veces!—, para nosotros importa menos la facultad y más el ejercicio lógico de esa facultad. Cuéntase de un perro que

buscaba a su amo en un camino que se trifulcó; husmeó el primer camino, luego el segundo, y sin husmear partió por la tercera senda. En esta operación que hace cualquier perro, usa el olfato de su inteligencia, lo que según los humanos se llama raciocinio. Esta anécdota fue citada por los escolásticos en la edad media. No sabemos si esta apreciación fue porque los sabios amaban en demasía a sus mascotas, o porque sus animales domésticos daban más muestras de raciocinio—y acaso de razón—que algunos de sus compañeros de claustro. No sólo el perro es capaz de raciocinio, todos los animales superiores también. Más vale buen raciocinio que mala razón. Todos los animales sabemos que el razonar y el raciocinar no son sinónimos: razona quien ejercita la razón; raciocina quien compara dos juicios para deducir un tercero. Muchos humanos raciocinan, pero pocos parecen razonar, aunque al intentar raciocinar los humanos han embrollado a menudo sus opiniones, por lo que han inventado la guerra para solucionar sus embrollos. Únicamente con el raciocinio han podido salvar la humanidad. La misma definición de Hombre que ha servido de fundamento a su cultura moderna ahora resulta insuficiente: «El Hombre es un animal racional», frase atribuida falsamente al zoofobo Aristóteles, quien la cambió de otra más antigua que decía: «Todo animal posee raciocinio, y a veces también el hombre».

Hay una prueba dorada para determinar si un ser es carente de razón. Las demandas del sexo son diferentes entre el hombre y la mujer, y entre las bestias macho y hembra. Los dos primeros se rigen por la razón, mientras que a nosotros nos manda el instinto. Lo que para los humanos es deseo, para nosotros es apetencia obligada para conservar la especie. Ustedes han sofisticado los antojos y han creado lo erótico. Para ustedes todo posee matices de sexualidad. Los animales nunca hemos entendido por qué gustan de la pornografía, ¿para qué ver vacas en brama o garañones

en disposición? Cuando nos toca aparearnos, pues lo hacemos por instinto, nos guste el jadeo o no disguste. Ni el gallo en el gallinero, ni el toro en el establo, ni el león en la sabana se sienten machistas, como tampoco las gallinas, las vacas o la leonas, pasan por feministas, cada uno sabe su papel y lo desempeña para el bien de la especie. En conclusión, caro Lector, si controlas tus deseos sexuales eres racional, pero eres bestia si sigues el instinto.

La historia de la humanidad es la crónica sumatoria de todas las torpezas del género humano. Por no alargar este texto con una letanía impropia que pudiera parecer insultante, sólo mencionaremos algunas brutalidades: El que todas las culturas han aceptado que provenían de una creación única y maravillosa de uno o más dioses, cuando todos en la Naturaleza compartimos un origen común escalonado. El haber confundido a las fuerzas naturales con dioses benéficos y maléficos, mientras nosotros siempre supimos lo que eran la lluvia y el fuego. El haber fundado ciudades para el beneficio de unos pocos, mientras que la mayoría sufre de una pobreza que era desconocida cuando ustedes eran nómadas. El haber descubierto la tecnología para producir más de lo que ustedes menos necesitan, mientras que la Naturaleza nos proporciona a las bestias ni más ni menos de lo que requerimos, y así pudiéramos seguir con otras tantas otras idioteces.

Hasta en la historia moderna sobresalen sus múltiples «imbecilidades», como dirían ustedes los humanos: le quitaron a la Naturaleza el poder y se lo dieron a un humano que llamaron rey y, siglos después, dictador; mientras que entre nosotros sigue mandando la Ley Natural, y no necesitamos de otras leyes ni constituciones. Algunos de ustedes anhelan la acumulación del dinero, otros ambicionan el poder y todos complacen su inmoderada vanidad; mientras que nosotras las bestias sólo guardamos para un invierno y les aseguramos que nada nos falta. Estamos orgullosos

de la imbecilidad, la brutalidad y la estupidez porque constituyen características inalienables de nuestra Naturaleza; ustedes no pueden tampoco separarse de ellas y, por más racionales que quieran ser, caen por defecto y no por virtud, a nuestro nivel. Lo que para nosotros es potencia, en ustedes es defecto. No hay mayor elogio para un animal que ser llamado imbécil, bruto o estúpido, adjetivos que para nosotros son naturalmente ciertos, pero que para los póngidos superiores, que niegan su origen, son epítetos derogatorios; lo que constituye la mayor de las estupideces, por no decir una total brutalidad y una inconfesable imbecilidad porque para nuestra Madre Naturaleza todos somos iguales.

Los póngidos inferiores somos el mayor producto de la evolución de la Naturaleza. Nuestra rama ha seguido evolucionando y, ¡ahora sí!, daremos el fruto mayúsculo de un póngido superior que sea la culminación de la creación. A ustedes los homínidos poco les queda por hacer porque han perdido el rumbo; en vez de vivir quieren producir, y en vez gozar de la Naturaleza, han creado una *sifilización*. Todas las características que la evolución les había conferido han sido desaprovechadas. Su visión estereoscópica ha perdido toda perspectiva y su facultad olfativa es tan pobre que ni ven las cosas, ni menos las huelen, y para ustedes el aumento en peso y en volumen del encéfalo ha quedado desaprovechado, pero para nosotros, no. Seremos imbéciles, brutos y estúpidos, todo lo que quieran, pero los animales somos felices. Nosotros nunca nos preguntamos sobre nuestro destino ni sobre nuestras infelicidades, somos lo que la natura nos hizo y desde esa única perspectiva sentimos la alegría de estar vivos, que es la mayor emoción que pueda ser percibida por aquellos que pertenecemos al Reino Animal, poco importa que poseamos diferente volumen de masa encefálica.

Nuestros antecesores nos han informado que hubo un siglo

de los humanos que fue privilegiado como el «siglo de las luces», por sus aportes al campo del conocimiento; fue cuando su humanidad inició este largo periodo de admiración mayúscula por la razón. En el siglo XVIII fue inventado el término enciclopedismo para sintetizar todos los conocimientos humanos dentro de un libro y en algunas pocas mentes. Anteriormente, la inteligencia no era considerada facultad necesaria para todos y cada uno de los humanos. Ser más o menos listo no era un factor de importancia, ya que lo que todos querían era sobrevivir y, después, alcanzar el cielo. En el siglo XIX y, sobre todo, en el siglo XX, su admiración por la razón ha llegado a alcanzar niveles inconcebibles, aunque su utilización haya ido en paulatina disminución. En estos tres siglos la superación personal y el desarrollo académico se sofisticó como nunca antes en la historia. Ya no fue la común estupidez del campirano o la falta de razón del mendigo, ni menos la inteligencia mediana plagada de tonterías del soldado, sino que apareció y se ha desarrollado una forma elaborada de la sinrazón que exige de los humanos un gran esfuerzo y una larga preparación académica, todo para aparentar la posesión de una mayor cantidad de materia gris que la que se localiza en la reducida capacidad cerebral de algunas personas. La estulticia es el intento de dar brillantez a la poca capacidad pensante de unos para que se asombren otros de menor inteligencia relativa. No, la estulticia es un valor adquirido. Es la hipocresía del entendimiento. Es la vanidad del vacío mental. Y es el premio a la constancia de los tontos. La gran diferencia entre nosotros, es que ustedes creen en utopías, mientras nosotros ya encontramos la nuestra.

Una prueba de que los humanos tienen comportamientos irracionales es su afán por conocer los deseos de los dioses y su gusto por la adivinación del futuro. Primero lo intentaron con la hechicería, con la que los sacerdotes anunciaban el porvenir, algu-

nos con el oráculo por el que hablaban los dioses, y otros con el auspicio y el augurio que informaban la buena o la mala fortuna por el vuelo y el cantar de las aves. Ustedes han olvidado a Augur, el adivino romano que sabía leer en las aves los vaticinios divinos, y han renunciado a las enseñanzas de Arúspice, el sacerdote romano que leía lo venidero en las vísceras de los animales sacrificados a los dioses, según enseñaba la tradición etrusca. Por muchos años ustedes creyeron en la necromancia o arte de evocar a los muertos para desvelar el porvenir, y en la piromancia o adivinación por las formas que toma el fuego o por las formas del pan, con el arte de la aleuromancia. La orientación y el tamaño de las plantas servía de anuncio a la botanomancia y los sueños orientaban a la oniromancia. Adelantarse al tiempo y saber qué deseaban los dioses han sido anhelos tan pertinaces como inútiles de la humanidad.

De todas las ciencias augurales la más desarrollada fue la quiromancia o método de adivinación basado en el estudio de la palma de la mano. De todos los póngidos superiores, sólo el humano cree en esta imbecilidad, a pesar de que compartimos la misma forma de mano, con cuatro dedos prensores y un pulgar opuesto. Ustedes califican a nuestro índice como dedo de Júpiter; al medio, como dedo de Saturno; al anular como dedo de Apolo y al meñique como dedo de Mercurio. ¿Por qué los humanos tienen dedos con nombres divinos y los demás póngidos no? Ustedes leen en la palma las líneas de la cabeza, del corazón, de la salud y de la vida, para saber la inteligencia, el éxito en el amor, el grado de lozanía y la longevidad. Nosotros, por nuestra parte, creemos que nuestros músculos nos proveen de todo lo que hace falta y con eso nos basta.

Y la quiromancia demás enseña a observar otras formaciones de sus palmas: las protuberancias que son calificadas de montes y

en su prominencia carnal encuentran cualidades que le son propias: bajo el pulgar, el monte de Venus para conocer la intensidad en el amor/desamor; entre pulgar e índice, el monte de Marte señala el grado de valeroso/cobarde; el monte de Júpiter, que mide la felicidad/infelicidad, está indicado bajo el pulgar; el monte de Saturno señala la fecundidad/esterilidad y está situado bajo el dedo medio; el monte de Apolo o el de la inteligencia queda bajo el anular, y el monte de Mercurio bajo el meñique advierte el éxito económico. Ni más ni menos. Hay otras orografías fantásticas: las líneas del sol que interrumpen la línea de la vida, y la llanura de Marte en el centro de la mano y el valle de Neptuno, entre el monte de Venus y el monte de la Luna, pero que ya no recuerdo qué estupideces significan. Nosotros nacemos con dos extremidades superiores para alimentarnos y sobrevivir a lo que venga, y ustedes nacen con el destino en la mano y de poco les sirve.

Otra forma de adivinación antigua y que hoy sigue vigente es la que hacían los antiguos sacerdotes mirando al firmamento —que no es nada firme, por cierto— lo que dio fundamento a la astrología o arte adivinatorio según las posiciones de los astros y de cómo influyen estos en el acontecer humano (que conste que nunca han influido en el acaecer animal). Cuentan que esta astronomía de la suerte alcanzó gran esplendor en Babilonia, luego pasó a la inteligente Grecia, y por los sabios árabes llegó a Europa, floreció en la edad media y fue reprobada por ustedes mismos en el siglo de las luces. Sin embargo, hoy es altamente apreciada, prueba de eso es que en los mejores diarios se incluyen horóscopos y es una de las secciones más leídas por personas que gozan de plena razón, incluyendo a muchos de sus avezados políticos.

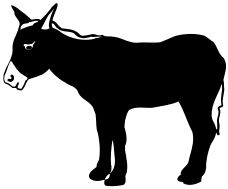
El cristianismo renegó de las adivinatorias antiguas, a las que calificó de tratos con el demonio, y únicamente admitió la adivinación de sus profetas. Mientras quemaban a los brujos, seguía la

creencia en las profecías del antiguo y del nuevo testamento. El mundo moderno clasificó a la astrología y a la horoscopía como paraciencias, negando con eso todo poder al mal de ojo y descreditando la eficacia de la maldición gitana; así los sortilegios perdieron su energía y el arte de echar las cartas quedó en juego de naipes y ya nadie supo decir la buenaventura. Los abracadabras y las palabras cabalísticas ya nada significaron y los humanos se olvidaron de la piedra filosofal y de los amuletos. Nadie volvió a oír voces de dioses, ni a estimar la *clairvoyance*. Así los humanos mataron a la esfinge, al menos metafóricamente, y perdieron interés en los misterios del Eleusis. Aunque hay una excepción: en pleno desarrollo de su renacimiento, apareció Nostradamus con sus profecías en forma de cuartetos, imágenes visionarias que han sido calificadas de embustería por aquellos que presumen de ser animales racionales, a pesar de que estas profecías se han ido cumpliendo una a una.

Las bestias sabemos predecir el futuro inmediato por los cambios atmosféricos y por los matices del sol. Más allá no nos interesa saber. Cada día tiene su propio afán y no existe la buena ni la mala suerte. Sobre todo porque nuestra Madre Naturaleza no requiere de oráculos para comunicarse con nosotros. Contra el hado y el azar, tenemos el instinto, y eso nos basta.

Compañero póngido superior, no te desesperes, ten fe en la Naturaleza y vive tu vida sin olvidar que un día tuviste cola para no caer al vacío, y pelo para no sufrir frío, y que en un principio no gozaste de muelas del juicio—como ustedes falsamente las califican—, simplemente porque no necesitabas masticar. Se despiden de ti con un cariñoso abrazo de tres extremidades, tus ancestros,

Los Póngidos inferiores.



Carta segunda
ELOGIO DE LA IGNORANCIA

Celebrar la ignorancia no es una paradoja, sino actuar con sabiduría y simplemente poner las cosas en su sitio. Si se ha elogiado la locura con una obra maestra, *El elogio de la locura* (*Encomium moriæ*, 1509), de Erasmo de Rotterdam (1466-1536), y unos congéneres míos han escrito sobre la estulticia de lo irracional y la estulticia de los ilógico, a mí me corresponde elogiar todo aquello que le debemos agradecer a la ignorancia.

Toda formación es, simultáneamente, deformación. Toda profesión, de médico a cura, es también confesión. Por eso dice la sabiduría popular: «bachilleres en artes, burros en todas partes». Una mala enseñanza es peor que una mala crianza. Un doctor en brutología y animalurgia sabrá mucho, pero le faltará cultura; por el contrario, el más bembo puede tener cierta cultura mamada de sus padres. Podrá haber humanos más *cerrados que una pata de mulo*, pero siempre serán mejores que los *eruditos a la violeta*. Tan cierto es que la inteligencia no fue repartida por partes iguales entre los humanos, como también que a todos ustedes les tocó lo suficiente. Ese poquitín es más de lo que nos tocó a nosotras, las bestias. Por más embrutecido que sea un gaznápiro o un gañán, siempre conseguirá una mujer y tendrá unos hijos, y todos vivirán con alegría en una tierra de labranza que les dará qué comer. La

poca inteligencia no es obstáculo para la felicidad, mientras que la gran inteligencia sí es un impedimento para la felicidad.

La educación no mejora al hombre, ni menos a la mujer, más bien los ensoberbece. Bien dice el dicho: «El maestro ciruela, que no sabía leer y puso escuela» porque «leer y no entender, es no leer». Una mala educación es peor que unos pañales pobres. El origen como quiera se cambia, pero el rumbo nunca se retoma cuando se tuvo malo el maestro. Dime qué maestros tuviste y te explicaré el motivo de tu fracaso. ¿Por qué a los malos alumnos ustedes los califican de borricos, siendo que los asnos tenemos un gran sentido común? Mal hacen los humanos al decir de uno de sus congéneres: ¡no rebuzna por misericordia divina!, cuando esta expresión pudiera aplicarse hasta para un arcángel.

Los pueblos salvajes y las razas bárbaras hicieron mucho por la civilización, fueron los detonadores de la cultura. ¿Qué hubiera sido Grecia sin los persas, y Roma sin los bárbaros? ¿Qué sería de la historia moderna si los pueblos conquistados por Roma hubieran perdido su propia cultura? Lo que en su momento se calificó de incultura y de ignorancia, dio origen al fermento maravilloso de la edad media. Más impulsó a los viajeros la *terra incognita* que la tierra conocida. El no saber es mayor incentivo que el saber. Más vale el terreno virgen que el terruño conocido. Mejor ser media cuchara que arquitecto sin plomada. Más vale estar en blanco y no haber saludado los libros, a ser un fatuo catedrático ignorante de su ignorancia. Una inteligencia roma vale tanto como Roma. Los mismos romanos afirmaban sonriendo de vanagloria: «stultorum infinitus est numerus», porque contaban tantos súbditos como tontos. Si a un humano no le entran los libros, no es ninguna vergüenza, a nosotros tampoco y miren qué bien sobrevivimos. No rompemos una cátedra con la cabeza ni andamos hechos unos topos de biblioteca, pero nosotros nunca nos obce-

camos ni nos ofuscamos; mientras que ustedes los humanos andan a ciegas la mayor parte de su vida esperando que la suerte los acoja. «Como a mí me hagan ministro», dicen una y otra vez.

Todo es duda, vacilación, indecisión, dilema, vaguedad y ambigüedad, entre los humanos. No saben si ponerse a servir o buscar criado. Todo está en el aire y es de capricho, como si la vida fuera un albur. Sus palabras predilectas son 'quizás, acaso, puede que', y se quedan como «Quevedo, que ni sube, ni baja ni se está quedo». Los latinos decían que *Ambigae in vulgus spargere voces*, lo que no sé qué quiere decir pero intuyo que se aplica aquí. Ya nadie cree en la ciencia infusa, ni en la revelación. Ante los estudiados que proclaman su buen uso de la mente y cuyos diplomas son la única prueba de su inteligencia, los animales perdemos todo anhelo de superación, porque entre los instruidos todo es sofisma y falsos razonamientos, solecismos y falacias, suposiciones gratuitas y baladronadas, todo queda reducido trabalenguas, garambainas (muecas o adornos exagerados) y paparruchas (escrito sin pies ni cabeza). No se razona, todo se reduce a lugares comunes y a preguntas capciosas. Los doctos aman los círculos viciosos y los errores de principio, así como las argucias, los subterfugios y las evasivas. Son expertos en recursos de última hora, en juzgar por intuición, y en tergiversar y hacer equívocos. Siempre terminan diciendo con las cejas levantadas, con expresión de inteligencia: «No veo la razón», y se van por la tangente. Mientras que aquellos de ustedes que son poco instruidos y no tienen pergaminos ni diplomas que mostrar, dan múltiples pruebas de ser animales racionales.

La mayoría de las mentes entrenadas hablan a tontas y a locas, como memelos hacen juicios superficiales. Los criticastros son pedantes y sabelotodos, eternos sofistas de taza de café. Arguyen con frases hechas por otros menos cerrados de la mollera; son

menos que donadie, diciendo, por ejemplo: «Quien hizo la ley hizo la trampa», sin pensar que ellos son su propia trampa. Los criticones aman las ideas preconcebidas y, aún más, las *idée fixe*, porque suena a francés. Pronuncian latinajos con pucheros magisteriales: «Non sequitur ignotum per ignotus» y «error mentis gratissimus», sin saber ni ellos ni nadie el verdadero significado. Discurren con frases vanas: «Podrá ser verdad pero yo no lo creo», «yo creo lo que veo», «no comulgo con ruedas de molino», «a otro perro con ese hueso», «el diablo que te crea», y desconfían hasta de su sombra. Todo es escepticismo e incredulidad. Todo lo ponen en tela de juicio. Y afirman como jurisconsultos su sentencia: «Cuéntaselo a tu tía», o con más énfasis, «A tu abuela, que aquí no se cuela».

La cultura es lo que no se puede olvidar, lo que sabemos todos sin que lo hayamos estudiado juntos. Lo que nos pertenece a todos. Entre más culto, se es más universal; mentalidad abierta al tiempo y al espacio que algunos bembos entienden como sinónimo de divergencia. Y así todo es desacuerdo, discordia y disonancia entre los que se dicen cultos. Los artistas se pintan solos en el arte del antagonismo, la hostilidad y la rivalidad. Los poetas son hábiles en la refutación, la enemistad y el encono, todo menos la palinodia. Los teatristas son maestros en el silbar, el abuchear, el menear y, especialmente, en el patear una obra de teatro. Dicen ustedes que las comunidades intelectuales viven como perros y gatos [no olviden que estos animales no son intelectuales], porque si uno dice blanco, el otro dice negro, sólo por el gusto de llevar la contraria. Este disentimiento hace que todos quieran bailar sobre las cabezas de aquellos que sueñan con ser artistas.

Ustedes los humanos admiran demasiado la genialidad, como si unos fueran homúnculos y otros, hombres. Por un lado, el artista, el autor y el genio creador, todos hijos de las Musas y protegi-

dos de Apolo; por el otro, los artífices, los escribanos y los manieristas. No toda mano es maestra, también hay *figuristas*, forjadores, plomeros, carpinteros, calcógrafos, amos del tosco cincel y de la brocha gorda. Ni tampoco todo arquitecto es Calícrates; ni todo pintor, Apeles; ni menos todo escultor, Fidias. ¿Qué diferencia hay entre el populacho y el genio? Simple diferencia de temple o de temperamento. Cada uno es como Dios lo hizo. Ser más dotado es una cualidad, pero eso no asegura la felicidad. La chusma no sueña con arrebatos creativos, ni la canalla con los arranques de la inspiración; pero tampoco posee vocación de enano, ni menos pequeñez de espíritu. Todos tienen el mismo cráneo aunque usen el contenido de distinta manera, y los mismos dedos, aunque sirvan para crear, para unos, y para otros sólo sirvan para picarse las aberturas del cuerpo. Los genios tienen la vocación de *Don Métomentodo*, pero se olvidan de su propia vida. Hacen lo que quieren con el pincel o la pluma… pero no con su existencia. Los califican de monstruos de la Naturaleza, como cosa nunca vista, acaso porque rayan en la chifladura.

Denme los cinco mayores genios de la humanidad y yo les contaré cinco vidas truncas. Mis congéneres me cuentan que poco se sabe de la vida de Sócrates, aparte de su inconformismo, su amor a la sabiduría y su oposición al conocimiento acrítico y a la ignorancia del populacho. A pesar de sus valores cívicos y de haber destacado como soldado, fue condenado a beber cicuta por no reconocer a los dioses de Atenas y por corromper a la juventud. No dejó obra escrita, por lo que su pensamiento únicamente se conoce por los escritos de sus discípulos. Su máxima «conócete a ti mismo» incluía una restauración de la relación entre el hombre y la Naturaleza. Sus restos se han perdido. ¡Vaya galardón!

Cero y va uno… De todos sus genios el más nombrado es Leonardo da Vinci. Un niño que nunca fue reconocido por Pietro,

su padre y que no conoció más familia que sus criados, a los que nunca supo amar. Fue un artista que pintó toda su vida un mismo rostro: el de su madre, como lo recordaba cuando lo miraba recostado en su cálido regazo al ser amamantado, y acaso de donde fue arrancado lastimosamente por su padre para ser educado como hijo de terrateniente y no como hijo natural de una moza de posada. Como autor escribió cincuenta y dos libros, pero no publicó ninguno. Como inventor soñó con volar, pero sólo construyó máquinas de guerra. Murió en la soledad de un país extranjero, rodeado de dos discípulos, su caballerango Battista y sus criados. Sus restos mortales están perdidos. ¡Vaya premio!

Cero y van dos… Para muchos el exponente máximo de las *littera humaniores* es Miguel de Cervantes. Su biografía presenta la lucha continua por la sobrevivencia económica. Escribir no le dio de comer. Fue camarero, capitán del tercio de infantería, soldado en la galera *Marquesa* durante la batalla de Lepanto —recibió dos escopetazos en el cuerpo y uno de la mano izquierda—, cautivo de moros en Argel, comisionado en Andalucía para venta de aceite, trigo y cebada, presidiario por quiebras ajenas, soñador de un viaje a América, miembro de la orden tercera franciscana, además de escritor. Sus entremeses no fueron montados, nunca cumplió con escribir la segunda parte de *La Galatea*, y sólo escribió la *Segunda parte del Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha*, cuando ya corría con éxito una segunda parte de otra pluma. Varias de sus comedias quedaron sin publicación y sin estreno. Por muy genio universal que fuese y siendo non en el mundo, más trabajó por salir de pobre que por alcanzar el parnaso. ¡Triunfó a pesar de sus fracasos y fracasó a pesar de sus triunfos!

Cero y van tres… Sor Juana Inés de la Cruz se vio obligada a ser monja para ser mujer pensante en el México imperial del siglo xvii. Para poder hacer literatura, tuvo que esperar a que le solicita-

ran obras de encargo. Mientras contó con la protección de tres virreyes y de dos obispos, sus labores de estudio y de creación pudieron ser llevadas a cabo. Por ser mujer, su sociedad le impuso la atenuación de su inteligencia y la minoración de su genialidad. Su muerte prematura fue por contagio al cuidar a sus hermanas de una epidemia dentro del claustro. Sus restos mortales reposan en una fosa común. ¡Vaya vida inextricable!

Cero y van cuatro… Dicen que Van Gogh nunca vendió un cuadro. A pesar de que celebró el color y pintó a Nuestra Madre Naturaleza como nadie. Nadie hubiera sido sin su hermano Theo. Cuando vivo, fue ignorado y sufrió alteraciones mentales, se auto mutiló una oreja. Murió por su propia mano. ¡Vaya biografía! Cero y van cinco…

El decir popular afirma que «genio y figura hasta la sepultura», pero los genios acaban perdiendo sus atributos porque locura y genialidad van de la mano, y muchos de ellos ni sepultura alcanzan. Cualquier animal conoce vidas humanas más plenas que éstas, a pesar de que no se acerquen a la genialidad. ¿Para qué soñar con la omnisapiencia y pretender alcanzar la Belleza? ¿Para qué engolosinarse pensando que «como yo no hay dos en el mundo y que lo que yo hago no lo hace nadie»? Por más que su nombre sea puesto en bronces y sea incluido en todos las enciclopedias, su vital felicidad fue parca y su paz interior nula.

Peor destino tienen los genios menores, porque a pesar de que tienen los mismos vuelos, sus logros son parcos y efímeros. Hombres y mujeres ególatras que son su sueño dorado. Enfermos de nictalopía que ven mejor en ambientes de escasa iluminación. No hay edificio que pueda albergar el museo de la estulticia humana, se requerirían tantas salas para mostrar la tontería de los mediogenios que no hay arquitectura que la contenga. Modas caprichosas bautizaron de genios a medianías. Fútiles nonadas

provocaron guerras sangrientas. Y nimiedades suscitaron lamentables herejías. Mientras que los museos de la verdadera genialidad son limitados en espacio. La creación de los geniecitos no vale un ardite ni un comino, a pesar de haber sido apreciada por otros más mediocres. Todos alcanzan *la morgue littéraire*. Pudieron haber pertenecido a la escuela clásica o neoclásica, modernista o impresionista, pero sólo fueron aspirantes a genio. Por más que su estilo fuera horaciano, ciceroniano, cervantino o calderoniano, no pasaron de ser simples amanerados (manieristas, en el peor sentido del término). Más vale ser mediocre entre geniales, que genial entre los mediocres.

Los falsos intelectuales son arbitrarios y fanáticos, proponen veto a todo y siempre terminan en pugna, porque su mayor motivación es ir en contra, hasta terminar, como ustedes dicen, con la cabeza llena de pájaros, sin orden ni concierto. La carencia del entendimiento les hace caer en la incertidumbre; todo es duda y vacilación porque son prosélitos de la falta de fe. Han olvidado que primero se vive y, después, se piensa. Para ustedes, los humanos, no hay curiosidad, sólo la parquedad de las operaciones intelectuales: el entendimiento, las ideas y las resultas de un pobre raciocinio. Hasta suscriben un refranero de la estupidez:

No hay hiel sin miel.
Hijo de pintito, tigre.
El que mama, no llora.
Cada tema con su loco.
Amor con dolor se paga.
Hacer de corazón, tripas.
Al buen tiempo, mala cara.
Aramos, dijo el rey al buey.
Al pan, vino, y al vino, pan.
Más vale el viejo por diablo.
Dios ahoga, pero no aprieta.
Hay palos que merecen gusto.

A palabras sordas, oídos necios.
Mujer en plaza, hombre en casa.
A buen entendedor, muchas palabras.
La suerte de la fea, el marica la desea.
A las pulgas, no les falta perro gordo.
Cada uno sabe donde le place el zapato.
Antes son mis parientes, que mis dientes.
Primero se cosecha y después se siembra.
Deja para mañana, lo que puedas hacer hoy.
Más vale cola de ratón, que cabeza de león.
Más vale un buen pleito que un mal arreglo.
No hay mayor sordo que el que finge no oír.
La mujer y la osa, entre más fea más fermosa.
Más vale buitre en la mano, que pájaro volando.
Contra el vicio del no dar, la virtud del no pedir.
Donde manda marinero, también manda capitán.
Más valen cien pájaros en vuelo, que uno en la mano.
En cojera de mujer y lágrimas de perro, no hay que creer.
Beldad y hermosura, mucho dura; menos vale virtud y cordura.
Cuando las babas de tu vecino veas cortar, pon las tuyas a remojar.
Cobra mala fama y échate a dormir; cóbrala buena y échate a sufrir.
Dios me libre de mis enemigos, que de mis amigos me libro yo.
Dar a César lo que es de Dios y a Dios lo que es del César.
Pobre del pobre que al cielo no va, sufre aquí y sufre allá.
No se mueve Dios en el árbol sin la voluntad de la hoja.
Hay que extender la manta hasta donde llega la pierna.
A quien Dios no le da sobrinos, el diablo le da hijos.
Más vale bueno por conocido que malo por conocer.
Aunque se vistan de seda, hombres se quedan.
No se puede andar en la procesión sin repicar.
A diente regalado, hay que mirarle el caballo.
Más vale mal acompañado que estar solo.
Obras son razones y no malos amores.
El vicio es la madre de toda ociosidad.
Con la vara que pegas, serás medido.
A grandes remedios, grandes males.

Cuando el sol sale, para pocos sale.
Al ojo del caballo, engorda el amo.
Poderoso dinero, es don Caballero.
Mal de pocos, consuelo de muchos.
Cada pulga tiene su modo de picar.
Muerta la rabia, se acabó el perro.
Ir trasquilado y volver con lana.
Mente y mortaja, del cielo baja.
Hierba muerta nunca es mala.
Hoy por mí y mañana por mí.
Pagar pecadores por justos.
A rey puesto, rey muerto.
De tal astilla, tal palo.

Y tantos otros proverbios de la estulticia que hacen honor a aquellos que los discurren porque mal de tontos, consuelo de muchos.

Como burro que soy me molesta el fabulista Fedro que nos pintó en forma diferente de cómo somos. En su fábula «Los mulos de carga», cuenta la historia de dos mulos, uno cargado de grano y el otro de oro. El que cargaba las monedas de oro iba orgulloso por el camino, mientras su compañero caminaba humildemente su pesada carga. Llegaron los ladrones y apalearon al burro del oro, le robaron su preciada carga y desaparecieron, mientras el burro modesto no sufrió percance alguno. «Hay veces que conviene ser despreciado y así no incitar la envidia de los demás». Yo no veo más moraleja que ésta: burro de rico, apaleado pero bien comido; burro de pobre, lomo cargado y panza vacía.

También guardo desagrado de Samaniego porque nos quita a los animales toda nuestra dignidad al hacernos hablar a la manera humana. Pone en el hocico de un buen borrico un mal monólogo, desatino comparable a que yo hiciera rebuznar a Samaniego:

¡Ah! ¡quien fuese caballo!
Un asno melancólico decía:

Entonces, sí, que nadie me vería
flaco, triste y fatal como me hallo.
Tal vez un caballero
me mantendría ocioso y bien comido
dándose su merced por muy servido
con corvetas y saltos de carnero.

Entonces vio a un caballo que pasaba con su jinete, con armas para la guerra, por lo que concluyó: «Que trabaje y lluevan palos, no me saquen los dioses de pollino». Concluyo otra moraleja y agrego un comentario: Vale más ser asno en días de paz, que caballo en días de guerra [espero que el asno no se entere de que es acusado por Samaniego de cobarde].

En otra fábula, el riojeño Samaniego quiere enseñar a los humanos que «Nada teme perder quien nada tiene», y así le carga la historia a un pobre asno que no quería acelerar su paso cuando su amo lo arriaba temiendo que los soldados se aproximaban. El borrico caminaba lento mientras pensaba:

¿Servir aquí o allí, no es todo uno?
¿Me pondrán dos albardas? no, ninguno
pues nada pierdo, nada me acobarda:
siempre seré un esclavo con albarda.

Así que por lento, lo alcanzaron los soldados, y amo y borrico fueron obligados a guiar a la tropa a la lejana Calabria. ¿Quién es más inteligente, el amo, el borrico o Samaniego?

Tampoco nos agrada Esopo, el fabulista griego, de quien cuentan mis antepasados que fue esclavo liberto y que fue asesinado por los habitantes de Delfos, tuvo la desvergüenza de vestir a un jumento con piel de león, todo para ridiculizarnos. La fábula cuenta que un asno encontró una piel del león en el camino y se la

puso para asustar a sus amigos los animales, pero su dueño reconoció al borrico porque una de sus largas orejas sobresalía fuera de la temible piel, y enojado por la farsa, molió a palos al creativo burro. Al final, Esopo concluye esta torpe moraleja: «Si el ignorante intenta mostrarse como sabio, pronto enseñará la oreja como el asno de la fábula». En esta fábula, Esopo enseñó la oreja.

En otra de sus fábulas, este fabulista quiere obligarnos a aceptar lo que él cree es nuestra triste suerte. Fíjense que inteligente historia: érase un asno que rogó en tres ocasiones a Júpiter para que le cambiara de amo, y en cada ocasión la carga fue más pesada y la comida más parca, y cuando el asno quiso corregir su burrada y regresar al primer amo, descubrió que era demasiado tarde. El fabulista nos quiere obligar a contentarnos con lo que tenemos, recordando que hay quien sufre mayores privaciones, pero ¡por Dios!, ¿cuándo los borricos hemos creído en Júpiter?

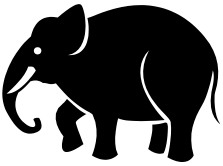
En una tercera fábula cuenta cómo un jumento nunca estaba satisfecho, en inverno añoraba la primavera con su yerba fresca; en la primavera suspiraba por el verano y su pasto a cielo abierto; en el otoño, cuando llevaba los costales de trigo y la leña, suspiraba por el descanso del invierno. Patrañas y más patrañas, mis congéneres disfrutamos lo que tenemos, por eso dicen los humanos de sí mismos cuando están contentos, «andas como burro en primavera».

En otra de sus fábulas perspicaces, Esopo presenta a otro congénere mío que fue encontrado por dos hombres, y ambos quisieron apropiárselo, pero mientras discutían, el asno se escapó. Su moraleja: «Algunos perdiendo la oportunidad de las cosas, no saben aprovecharse la suerte». Fíjense cómo la moraleja nada dice de la honradez de los humanos. ¡A Esopo, con sus humanadas, por no decir burradas que a nadie han servido de enseñanza, menos a los animales de la fábula!

Los borricos pensamos que Tomás de Iriarte, otro fabulador, tampoco dio muestras de inteligencia con sus grotescas ficciones, no sabemos si porque nació en las Canarias, o porque no supo escribir fábulas en las que los humanos fueran ridiculizados para enseñar a todos una moraleja. ¿Por qué somos los animales los que perdemos dignidad? ¡Cómo es posible que Iriarte tenga el atrevimiento de escribir una preceptiva de la fabulación y que afirme que «una fábula no debe ser un mero disfraz de personas en forma de animales y que no se puede atribuir a los brutos alguna acción de la que no son capaces, pero éstos no han de ser demasiado repugnantes, ni sus acciones tan desproporcionadas que quebranten lo que los maestros llaman verosimilitud de la fábula en cuanto a símbolo»! Por esta ofensa y otras muchas a nuestros congéneres, hemos iniciado una demanda ante la Comisión de Derechos de los Animales para que se retire de la historia literaria estas perspicaces fábulas.

No sé si ya descubrieron mi identidad, yo soy el burro que tocó la flauta. Esa acción mía es digna de un ser racional y sensible; sin embargo, ha sido ridiculizado por siglos en esa fábula. Les aseguro que sonó hermoso, ni más ni menos como si ustedes, los humanos, hubieran soplado. Sonó como cuando el dios Pan tocaba una sola nota, o cuando Jubal, el hijo de Caín, construyó por primera vez una flauta, sopló dentro y quedó estupefacto. Con la esperanza de que la ignorancia del no saber sea la que rija tu curiosidad, y que no sea tu sabiduría la que guíe tu pensamiento, porque como dijo el filósofo: «Sólo sé que no sé nada», y yo agregaría, ni siguiera tocar la flauta.

El Asno filarmónico.



Carta tercera
LA ESTULTICIA DEL OLVIDO

En todas las lenguas, hay más palabras para describir el olvido que para citar la memoria: las cosas caen en el olvido, se borran en la memoria del olvidadizo y, lo que es más triste, una nube oscura oculta lo olvidado. Un italiano diría 'Non mi ricordo'. Un viejo suplicaría, 'Esperen a que haga memoria'. Todos pierden la memoria y no dan pie con bola. Unos sólo se recuerdan de lo que es oportuno y lo que es beneficioso. Otros se pasan de listos y gozan de la memoria conveniente, que finge el olvido de lo desagradable, como el desconocimiento de los parientes pobres y el ¡ay no me acuerdo!, en los momentos vergonzantes.

La gramática de los humanos hispanos propone doce formas de percibir el pasado, doce maneras de bañarse en el mismo río que fluye hacia el mar, que es el morir. Doce caminos para recordar, para recuperar el pasado que se les escapa y que sólo está guardado bajo doce… seis… una llave, que es la memoria. El pasado tiene sus propios tiempos gramaticales:

Modo indicativo:
Presente = recuerdo
Pretérito perfecto simple = recordé
Pospretérito = recordaría
Copretérito = recordaba
Antecopretérito = he recordado

Pluscuamperfecto = había recordado
Antepretérito = hube recordado
Antepospretérito = habría recordado

Modo subjuntivo:
Pretérito imperfecto = si recordara
Pretérito perfecto = haya recordado
Pretérito pluscuamperfecto = hubiera o hubiese recordado
Antefuturo = hubiere recordado.

A pesar de las doce formas gramaticales para recordar, a los hispanos todo se les olvida, y para descubrir el futuro sólo cuentan con la predicción, el presagio y el oráculo. Para vencer el olvido, los orientales recomiendan infusiones de *ginkgo bilona* que estimula la memoria reciente, y los indígenas mexicanos recomiendan masajes estimulantes en la sien y en la nuca, con licor de hojas de valeriana y de raíz de damiana, y algo más que ahora no recuerdo.

Ustedes afirman que un país que olvida su historia está obligado a repetir sus errores. Es por eso que la historia humana aparenta ser cíclica porque, al no recordar, se condenan periódicamente a la estulticia histórica. Un dramaturgo de pluma fácil ha dicho que «el Hombre es una animal racional con pésima memoria». Ustedes no están hechos de espacio ni de tiempo, son ni más ni menos que lo que recuerdan y todo desarrollo que es fincado fuera del recuerdo es tragedia repetida o utopía delirante; en una palabra, lo irrealizable. Cuando la encrucijada de su historia parece estar cerrada y su voluntad social parece decir: «Non posumus», y todo esfuerzo es una raya en el mar y el último recurso es un castillo en el aire, es cuando ustedes dicen, «Como Dios no haga un milagro»… pero nunca recurren a su memoria.

El absurdo también habita en la Historia. La Historia es una paradoja plena de equívocos. El Reino Animal se ha reído por cinco centurias de cómo se descubrió la tierra que hoy llaman

América. Sólo se debió a que dos equívocos hicieron un acierto: 1) el desconocer Colón que entre Europa y Oriente había una tierra incógnita y 2) la creencia errónea de que la tierra era de menor tamaño. ¿Sería azar o fortuna? Ustedes nunca lo sabrán. Sin embargo, la Academia de los Animales cree firmemente que hubiera sido mejor que ese descubrimiento hubiera sucedido dos siglos después, en el siglo de las luces, cuando Europa ya comprendía lo que era el buen salvaje y lo que era la buena bestia. Toda conquista anterior fue genocidio y zoocidio.

Otro ejemplo de la estulticia humana en la historia son las peripecias de los restos mortales de Colón, que con mucho supera los trajines del descubrimiento. Todo comenzó cuando la nuera de Colón presentó ante Carlos V la petición de que los huesos de su suegro fueran trasladados a la isla de Santo Domingo, propiedad de los condes de Veragua —quienes sólo vieron agua y nada más—; así que los restos fueron llevados a la primera catedral de América en 1540, para luego ser allí olvidados. Cuando en 1795 esa isla fue cedida a la corona francesa, los españoles buscaron con premura en la catedral los restos del descubridor para llevarlos a Cuba, pero no encontraron lápida alguna y en su apresuramiento aceptaron como verdaderos los primeros huesos que desenterraron. Un siglo después, al reparar la catedral, se descubrió el verdadero enterramiento, pero ya para entonces los falsos restos de Colón reposaban con todo lujo en la catedral de la Habana. Al independizarse Cuba en 1899, estos restos fueron trasladados a España y enterrados en un mausoleo en la catedral de Sevilla para elevar el sentir nacional de los españoles después de la derrota de la última guerra americana. La pregunta es hoy, ¿cuáles son los verdaderos restos de Colón? Es un misterio, ya que en España los historiadores afirman que son los que reposan en Sevilla; y en América, que son los que descansan en Santo Domingo. Querido

Lector, ¿de qué calificarías a un pueblo que pierde hasta los restos mortales de su descubridor? Este libro te ha propuesto muchos epítetos. Una genial solución: mezclar los restos de ambas tumbas y que Colón descanse tanto en el monumento de Santo Domingo como en el mausoleo de Sevilla. Esta última tontería pondría punto final a todas las anteriores.

También las luchas por la independencia de la América española rayaron en la estulticia. El sueño de Bolívar de un continente libre y unido será todo lo dorado que quieran, pero no pasó de mera brutalidad. «Tenemos que inventar, no imitar», decía sabiamente el maestro del libertador, Simón Rodríguez, pero nadie lo escuchó. Y cada país fue entregando la libertad conseguida con tantos esfuerzos. Ustedes los hispanos son lo que son, y eso debiera bastarles. Les juro que me duele hablarles con tanta franqueza, pero todo les ha fracasado, desde el sueño de Bolívar hasta sus luchas revolucionarias, y por eso el continente hispano es hoy sólo un intento político de detener el caos. Tienen contenedor geográfico, pero no derrotero. ¡Ay, Hispanoamérica, tan cerca de tus dioses y tan lejos de ti misma! No eres memoriosa porque has desarrollado una gran capacidad de olvidar. Si ganas, olvidas, y si pierdes, también olvidas. Ustedes pertenecen a veinte pueblos desmemoriados: «Si te vi, no me acuerdo, y si no me acuerdo es porque no estabas allí». Olvidar a alguien es ningunearlo, es borrarlo de la vida: «Sé que nunca has existido porque no me acuerdo de ti».

Ante la historia, ustedes los humanos se sienten como campana sin badajo; lucha va y lucha viene, sin que se registre un cambio. Y cuando sueñan con transformar el devenir, nunca saben cabalgar sobre los espacios concordes y en los tiempos idóneos que les conduzcan al mejor de los futuros. Bien dicen los franceses: «*Tête exaltée, montée*». La cabeza exaltada destruye la lucha

por descifrar el destino. Nosotros, los animales, tenemos un destino manifiesto, se llama instinto.

Mis congéneres afirman que si hubiera un premio a la estulticia histórica, el país que llaman México se llevaría el premio porque ha tenido el mayor número de etapas de su historia en notable desacierto. Los mexicanos recurren a cubrir inútilmente el sol con un dedo al borrar sus torpezas históricas con la esperanza de que este ejercicio embustero contribuya a la integración del país. ¿Es signo de inteligencia que la celebración que cada año hacen de su independencia, sea un día antes del aniversario histórico sólo porque su dictador —Porfirio Díaz— festejaba su cumpleaños el 15 de septiembre? También existe el olvido oficial por decreto: para ocultar ante los ojos de los jóvenes la supuesta vergüenza del imperio del criollo Agustín de Iturbide, su Congreso de la Unión decretó más de un siglo después de los hechos, que Vicente Guerrero fue quien consumó la independencia, con el absurdo histórico de afirmar que México tuvo un Emperador mexicano y un primer presidente —Guadalupe Victoria—, cuando aún dependía de España.

Tras medio siglo de luchas intestinas entre conservadores y liberales, en 1864 los mexicanos importaron un Emperador de adeveras, un Habsburgo; para luego fusilarlo tres años después, y dar el triunfo temporal al lado liberal con un Juárez impertérrito que sirvió de puente a una dictadura que duró más de tres décadas. Todo para desembocar al inicio del siglo XX en una —mal llamada— revolución, que no fue más que una sangrienta guerra civil, en la que todos pelearon contra todos para determinar quién iba a sobrevivir, y a un costo de un millón de muertos. Nadie que valiera la pena sobrevivió. Luego siguieron presidentes y más presidentes —monarcas por seis años—, pero ninguno dio muestras de genialidad.

Los mexicanos debieran darle gracias a su virgencita de Guadalupe porque las cosas no se han empeorado aún más; gracias a ella han logrado alcanzar, sin las lágrimas de los tristes recuerdos, el umbral del siglo XXI. Hoy esperan la dignificación de un país contra toda esperanza, unos con plegarias guadalupanas, otros con celebraciones al máximo arquitecto, y unos más con trinos a la Madre Naturaleza. No por ser mexicanos deben aceptar la mala memoria. Recuerden que para ningún país es placentero el recordar, por eso muchos prefieren olvidar, o al menos aparentar ser desmemoriados. Recordar es recapacitar.

Los errores históricos no son patrimonio de los mexicanos. En esto todos ustedes son muy humanos, aunque algunos, como los pueblos hispanoamericanos, se han especializado en la estulticia histórica. ¿Quién no conoce la triste historia de la independencia de Cuba y Puerto Rico? Cuando ya la guerra española estaba perdida en 1898, los Estados Unidos decidieron unirse a Cuba para asegurar el triunfo de destruir el último eslabón que unía América a Europa. Y también gozar del botín de la guerra; así Estados Unidos se compensó con Puerto Rico por los supuestos gastos bélicos que tan generosamente habían aprontado. Por eso Puerto Rico pasó a ser un estado libre y asociado de U.S.A., —¿libre y sometido?—, en espera de convertirse en un estado más de la unión americana. Y Cuba quedó bajo la protección convenenciera de los Estados Unidos hasta el advenimiento de la última lucha libertaria de Iberoamérica.

Todo lo recuerdo porque a mí nada se me olvida, soy el animal más memorioso. Nosotros, los que somos calificados de bestias, no tenemos historia, pero poseemos el instinto que nos guía. Para ustedes la historia llega a ser amnesia; mientras que las bestias no podemos traicionar la sabiduría de la Naturaleza. Al cerrar el segundo milenio de la cronología humana, ustedes pregonan

que una nueva era está naciendo. Nosotros sólo reconocemos las cuatro eras geológicas, mientras que ustedes insisten en subdividir su microhistoria en historia antigua, medieval y moderna. Tanto esfuerzo que pusieron en su revolución industrial y ahora quieren acabar con ella. Por el amor a la máquina perdieron su hogar como lugar de trabajo; así sus espacios vitales pasaron de ser sitios de producción a ser sitios de consumo. En vez de vivir en continua comunicación con nuestra Madre Naturaleza, ustedes crearon lo que llaman urbanismo, construyeron grandes ciudades en donde se destronó a su Dios y se impuso otro orden del natural (que provino del militarismo). Así las macrourbes se convirtieron en jaulas de hierro, en donde ustedes perdieron hasta el nombre.

Ahora celebran con platillos que su historia ha iniciado una nueva etapa en una dialéctica hacia el progreso: la llaman enfáticamente la era post Industrial, y también la califican de la condición posmoderna, porque no han encontrado mejor nombre. Sus características son:

> Tras de haber agotado la Naturaleza como recurso, ahora la humanidad descubre que esa riqueza no era renovable y pugnan por el cuidado ecológico.
>
> Después de haber construido las macrociudades, ahora promueven las ciudades medias, sin que nadie sepa qué van hacer con las metrópolis en abandono.
>
> Contra la masificación, los hombres y las mujeres ahora oponen el poder de las minorías, lo que pudiera ser igualmente manipulable.
>
> Contra la centralización, ahora apoyan la regionalización que unifica la tierra con el beneficio de haber conformado un solo mercado.
>
> Y contra el materialismo, ahora promulgan el humanismo que pretende igualar la felicidad de ricos y de los que siguen siendo pobres.

Ya nadie cree en las epopeyas ni en las grandes ideas, todo se celebra con exclamaciones cínicas: ¡Viva la heterogeneidad y el mercadeo! El occidente dejó de ser paradigmático y se festina el final del colonialismo, cuando todos han sido convertidos en esclavos de una economía que globaliza la estupidez. Y no esperen muchos beneficios de la nueva ética sólo porque está más allá del bien y del mal, les que el problema de la banalización del mal. Aún está por fundarse su ciudad de Dios. Si toda esta confusión de sinrazones fue necesaria para que alcanzaran su tan buscado progreso, las bestias creemos que deberían haberse conformado con usar sólo el instinto que compartimos y así hubiéramos conservado nuestro Paraíso.

Existe una Madre Naturaleza que nos contiene y nos acoge. Ir en contra de ella es matricidio. Ustedes hay propuesto dos principios para relacionarse con la Naturaleza, uno generador y otro destructor: la ecología es el principio generador y la economía es el principio destructor. La ecología —el tratado de su casa— *versus* la economía —la administración de su casa. La primera ciencia estudia la relación de los seres vivos con su hábitat hasta su aniquilación; mientras que la segunda ciencia estudia la administración de los recursos de la humanidad hasta su devastación. La Asamblea de los Animales nunca ha entendido porqué tanta discrepancia entre el conocimiento y la administración de la misma casa, la nuestra.

Al estudiar las interrelaciones de los seres vivos y su hábitat, se descubren dos tipos de factores: los bióticos (o vivos) y los abióticos, como temperatura, luz y suelo. Nosotros hemos conservador los bióticos y la humanidad ha desequilibrado los factores abióticos. Ya la lluvia no es bendición del cielo, porque hay sequía o diluvio. Los climas cambian y las cuatro estaciones se trastornan: el invierno no es invierno, el primer verde desaparece de la

primavera, el verano es infierno y el otoño se alarga. Así los espacios vitales de cada uno de nosotros se malogran. Todos sabemos lo que es un ecosistema, es el espacio en que mejor vives. Cuando dos especies compartimos un mismo ecosistema, competimos por nuestro nicho ecológico y sobrevivimos. Únicamente con el hombre y la mujer no hemos podido compartir el nicho. Destruyen nuestra casa y—lo que no comprendemos— también la suya.

Los organismos que integran un ecosistema se diferencian en tres categorías: los *productores*, constituidos principalmente por plantas fotosintéticas que fijan la energía solar y transforman lo inorgánico en vida; los *consumidores* que se sirven con la cuchara grande la materia orgánica generada; y los *degradadores* que aprovechan los desechos originados por los consumidores. Los productores y los degradadores no se dan abasto por el hambre voraz de los consumidores. Nosotros los animales consumimos sin derrochar, mientras que ustedes los humanos se han dedicado a la producción, la distribución y el consumo de lo que llaman riqueza, mercadeando lo que es patrimonio de todos. La ambición y la codicia humanas han atentado contra nuestra Madre Naturaleza, principio de principios, quien ha sido forzada a convertirse paulatinamente en productos. Esa Madre reniega de su maternidad.

Yo soy una elefanta de la India; vine con un circo a Hispanoamérica y nunca he podido regresar a mi país natal. Aquí un elefante es más bestia que en la India. He aprendido las suertes de bailar rumba en un piso caliente y después aparentar que estoy condicionada y danzar cuando escucho la misma melodía. Como parquiderma que soy, tengo una memoria inmejorable, poseo la mejor conciencia colectiva que la Madre Naturaleza nos ha dado.

De todas las estulticias, la peor es la del olvido. Lo doloroso de la estulticia del olvido es que los humanos olvidan pronto sus felicidades y sólo recuerdan los desconsuelos. Nadie memoriza la

risa y todos invocan el recuerdo de las lágrimas. Los niños viven únicamente en el presente, para ellos no hay pasado ni menos futuro, sólo un infinito y maravilloso presente. Para los viejos únicamente existe el pretérito, porque cualquier tiempo pasado fue mejor. Ambos son errores crasos. Únicamente los sensatos pueden llegar a la plenitud porque viven en los tres tiempos: el pasado que se comunica con el futuro por un puente de decisiones que se llama presente. Si tú, humano, vives en tres tiempos simultáneamente eres maduro, pero si vives en un tiempo, eres como un niño o como un anciano, pero no un hombre ni una mujer plenos. El ayer y la memoria, el hoy y la volición, y el mañana y su ensoñación. Sin embargo, ustedes ni recuerdan, ni piensan ni sueñan, por eso las guerras se repiten y nadie resulta ganador. Para las bestias no existe el tiempo y mira que lo pasamos bien. No tenemos edad ni presagiamos la muerte. Los mecanismos del recuerdo no están sujetos a la capacidad cerebral; lo digo porque nosotros, los elefantes, tenemos poco espacio para la materia gris y, sin embargo, poseemos una gran memoria. Nada se nos olvida. Tenemos información genética de los tiempos en que los mamuts reinaban en el inicio de su era cuaternaria.

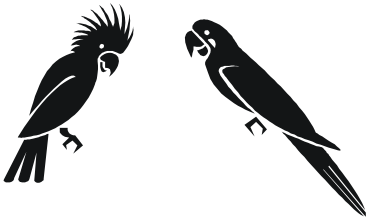
Como ya les dije, soy una simple elefanta de circo, vieja, casi mamútica, pero con magnífica memoria. Tanto me contaron mis antepasados y tanto he visto que conozco todo lo que los humanos han sido y casi todo lo que son. Y siento decirles que muy poco. Y conjeturo que todo seguirá siendo para ustedes efímero y fugaz. Yo no quisiera ser mujer porque me considero afortunada siendo elefanta, aún con mi figura un poco más obesa. Me siento orgullosa de mi enorme trompa y de mi pequeña cola, y de mis enormes orejas con que espanto las moscas, pero sobre todo porque, al ser paquiderma, nada se me olvida.

Más vale recordar que pensar. Los que recuerdan nunca se

equivocan, y los que se equivocan siempre han olvidado. Cuando estén inmersos en su caos humano, piensen mucho y recuerden más. No hay mayor estulticia que la del olvido, ni mayor sabiduría que la del recuerdo.

Si me recuerdas, existes en mí y en ti; y si te olvidas de mí, me borras y te borras a ti mismo. Que nuestra Madre Naturaleza te siga recordando,

La Elefanta memoriosa.



Carta cuarta

LA ESTULTICIA DE LA INCOMUNICACIÓN

La humanidad ha desarrollado el vocabulario necesario para comunicarse con plenitud. Algunas culturas han matizado con gradaciones los vocablos que han requerido con mayor precisión. Cuentan nuestros congéneres del norte que los esquimales poseen una amplia gama de palabras para describir la nieve y las ventiscas; mientras que los pueblos del trópico carecen de vocabulario para calificar el agua congelada y la diversidad de sus estados físicos, salvo aquél que describe la fresca liquidez acuática. Así también algunos pueblos han desarrollado pocas palabras para describir a los carentes de razón porque no lo han visto necesario, o acaso porque no se han dado cuenta de la utilidad de contar con un vocabulario más amplio. No así los hispanos, quienes poseen uno de los vocabularios más amplios y mayormente variados para describir aquellos estados de la conciencia que no se acercan precisamente a la iluminación.

Las palabras de la comunicación humana tienen su origen en el tiempo y no todas poseen la misma antigüedad. La más antigua palabra en castellano que pertenece al vocabulario de este tema y que todos han usado, es *bruto*, ya utilizada en escritos hacia 1440, tomada del latín 'brutus', 'estúpido'. Por su parte, *imbécil* se halla en uso desde 1524 en castellano aunque conservando su forma latina hasta el siglo XVIII: 'imbecillis', 'alelado, de flaca inteligen-

cia'. En francés la aceptación moderna ya se encuentra en el siglo XVII —concluimos que los franceses tuvieron con anterioridad necesidad de este concepto— y es verosímil, en afirmación del español Corominas, que el castellano la tomara del francés. La palabra *estulticia* aparece en castellano en el segundo cuarto del siglo XV, con la variación de *estolidez*, que proviene del latín 'stultus', 'necio'. La etimología más interesante es aquélla de *tonto*: probablemente es una voz de creación expresiva, cuyos equivalentes se encuentran en muchos idiomas, tales como en el rumano, húngaro, alemán, valenciano, portugués e italiano. *Estúpido* aparece por primera vez en español como adjetivo en 1691, del latín 'stupidus', 'aturdido, estupefacto'; años pasaron para que alguien comprendiera la importancia de este adjetivo y determinara su correspondiente concepto *estupidez*, que apareció entre 1765 y 1783. Anteriormente a la formación del vocablo, cuando un humano necesitaba oralizar estos conceptos, simplemente se quedaba estupefacto.

¿Por qué ríen los humanos al oír las palabras descriptivas de los bajos estados de conciencia? Una primera explicación apunta al temor de sentirse aludido. Bien saben ustedes que la risa, según Henri Bergson, equilibra un desbalance entre el espíritu y la materia. Se ríen al oír ese vocabulario porque perciben que la materia ha invadido su entendimiento y, consecuentemente, necesitan espiritualizarlo con una carcajada. La risa los hace sabios, o al menos los hace creer ante sí mismos y ante los demás que son risiblemente sabios. Por eso los humanos, cuando entienden lo lúdico, ríen con un ¡ji, ji! del entendimiento mostrando los incisivos, sonidos que resuena en la cavidades vacías de su cerebro, y cuando no lo entienden ríen con su vientre un ¡ja, ja, ja! sonoro, que retumba en las capacidades desocupadas del bajo cuerpo.

La más terrible estulticia es la que proviene de la incomuni-

cación. Incomunicado contigo mismo e incomunicado con los demás: tu Dios, tus congéneres, con nosotras las bestias y con el hábitat que todos compartimos. Ustedes los seres humanos desarrollaron hace ya por lo menos cien mil años, un método de comunicación muy complejo y enormemente eficaz, que sólo rudimentariamente habíamos utilizado antes los animales, y que permaneció como patrimonio exclusivo del género humano: el lenguaje hablado, a excepción hecha de los pericos y sus congéneres. Sucesivos perfeccionamientos dieron como resultado la escritura pictográfica o de dibujos, luego la ideográfica o de símbolos, y más tarde la fonética o de sonidos. La invención de la escritura constituyó una revolución porque liberó la palabra de la necesidad de ser hablada. Así que el saber ya pudo acumularse en forma indefinida, más allá de la mala memoria de los humanos. Luego la imprenta multiplicó la palabra escrita para hacer leer a las masas humanas. Hoy lo que ustedes llaman informática ha traicionado a todos los logros anteriores al reducir la comunicación a sólo ser el tratamiento automático de la información. ¡Viva la libertad de los medios de comunicación! ¡Viva la igualdad en la era de las telecomunicaciones! ¡Viva la fraternidad a pesar de la incomunicación!

Nunca he entendido el porqué con tantos instrumentos electrónicos, los humanos están más incomunicados hoy que nunca antes en la historia. Entre los animales hay cuatro niveles de entendimiento: un mensaje para informar lo que esperamos de otras bestias, otro mensaje en sentido contrario para saber su reacción, un mensaje más para afirmar que estamos en el mismo canal, y un cuarto para el ataque. Los tres primeros son muy útiles para el apareamiento, y el cuarto a veces es aún más efectivo. Las bestias nos comunicamos gracias a nuestros sentidos —olfato, vista y oído— a pesar de que estemos a grandes distancias. Cuan-

do en la sabana africana un felino, como el leopardo, intenta delimitar su terreno, se orina en las fronteras como medio eficaz de comunicación, ya que su olor informa a otros miembros de su especie que ese lugar está «ocupado». Hasta los insectos pueden percibir a grandes distancias el aroma y los colores de las flores primaverales. La Naturaleza es un triunfo de la comunicación. Inútil ha sido que los humanos intenten marcar su feudo, real o metafóricamente, con secreciones menos líquidas y más malolientes, porque no saben descifrar esas advertencias.

Las bestias no tenemos libros que nos recuerden lo que otros han aprendido. Todas sabemos todo. Tampoco tenemos periódicos y revistas para que nos informen de lo que pasa a otros. En la selva, o lo sabes de inmediato o ya no lo supiste. Eso de tener que ver los noticiarios en televisión o en radio es como ver la foto de la hembra que está en brama. Si de todas maneras no te vas a aparear con ella, ¿para qué quiere saber que busca macho en el otro lado del mundo? Eso de la globalización es un contento. La mitad del mundo ve en paz la televisión para saber cómo la otra mitad está en guerra. Mejor sería que los que están en guerra tuvieran la dicha de contemplar a las familias que viven en paz. Parece que los Medios sólo se interesan por la tragedia —cataclismos, muertes en masa y manías de políticos— y por la deshonra —que disminuye la popularidad y planea la pérdida de la reputación. Eso sí es noticia. Lo demás son pamplinas. La felicidad humana es cosa de necios, por eso toda reseña debe cubrir los casos anómalos de la infelicidad. Crear no es novedad, destruir es lo que cubre planas de prensa y horas de televisión. Y además hay que pimentar la noticia con mentiras convenientes y calumnias efectivas. Maquiavelo decía: «Calumnia que algo quedará», ahora los Medios parecen parafrasearlo con un credo más valedero: «Calumnia que mucho venderás».

El humano debe ser un genio del lenguaje y construir puentes entre el emisor y el receptor. En ustedes todo es algarabía, algazara, bulla y galimatías. Cada generación construye un piso a la torre de Babel. A mar revuelto, ganancia de pescadores, y así abusan unos de otros para ganar el pan suyo de cada día. Hay que balancear la buena comunicación y huir de sus contrarios:

voz	*versus*	afonía
claridad	*versus*	oscuridad
vigor	*versus*	debilidad
concisión	*versus*	verbosidad
énfasis	*versus*	locuacidad
sencillez	*versus*	ornato
interlocución	*versus*	soliloquio

Toda mala comunicación es oscura afonía, verbosidad débil y locuacidad ornamentada que reduce la comunicación al mero soliloquio. Las bestias hemos desarrollado todos y cada uno de estos adjetivos que califican como buena a una comunicación. Con voz clara y vigorosa, en forma concisa y enfática, los animales nos comunicamos con sencillez:

ladra el perro
aúlla el lobo
grazna el cuervo
ulula el búho
cantan las aves
relincha el caballo
rebuzna el asno
muge el toro
bala el cordero
el elefante barreta
ríe la hiena
el león ruge
el gato maulla
la zorra chilla

el cangrejo percute
la ballena plañe
el delfín resona
y hasta hablan los pericos
y parlan las guacamayas.

En la Academia de los Animales nos comunicamos con menos tecnicismos de los que los humanos proponen. ¡Cuándo han sabido que los rugidos del león no se entiendan, o que los llamados para el apareamiento no se escuchen! Los animales no tenemos barreras en la comunicación. Nuestros códigos son recortados, acaso podrían calificarlos de primitivos, pero son enormemente efectivos. «A buen entendedor, pocas palabras». Muchas veces no necesitamos externar sonidos para efectuar una comunicación eficaz; un alacrán o una tarántula no envían cartas para anunciar su llegada y saber cómo van a ser recibidos. Algunos de nuestros códigos son complejos, como el lenguaje de los delfines o el plañir de las ballenas. Las hazañas que cuentan algunas de estas bestias constituyen nuestras epopeyas y las consideramos mejores que los viajes de Ulises o de Marco Polo, que ustedes tanto admiran.

Los Medios—sean electrónicos o naturales—deben entretejer un tapiz de conexiones para salir triunfantes en la epopeya de eslabonar el emisor con el receptor. Hay que contar con cinco elementos para tener una buena comunicación: emisor, mensaje, medio, código y receptor, pero ustedes sólo cuentan con medios… elementos. Por eso no saben contestar a la siguiente lista de preguntas recomendada para la buena comunicación en sus negocios y en sus relaciones internacionales:

¿Quién es emisor? ¿La Verdad o la ambición del negociante?
¿Y el mensaje? ¿Lo que es veraz o lo que conviene?
¿Y el código? ¿El que venda o el que eduque?
¿Y el medio? ¿El provechoso o el apropiado?
¿Y el receptor? ¿La ambición del cliente o la Verdad?

En toda comunicación debe privar una ética que parta de la Verdad y alcance la Verdad. No vale jerga profesional, ni *argot* político, ni menos *volapuk* artificial del imperialismo económico.

Ustedes mismos han calificado al exceso de información de alienante. Sin embargo, los humanos prefieren rodearse de periódicos, revistas, de redes sociales y de *internet*, a simplemente respirar hondo ante el cielo abierto y saber que las cosas van bien. La verdad no puede radiarse o televisarse sin que se transmute en verdad conveniente. Lo inefable no puede ser comunicado por radio. Tampoco la plenitud puede viajar por correo electrónico. Ni la perfección es repetible. Ni los prodigios se graban fielmente en video. Ni menos los portentos pueden ser localizados por satélite. Así como lo bello no es fotografiable porque pierde su valor. ¿Por qué no exponen en todos sus museos del mundo ilustraciones de la Monalisa? Sólo sonríe en el museo de Louvre. Nada que produzca pasmo puede ser electrónicamente comunicado. Se requiere que el emisor tenga una esperanza más ancha que un océano y que el mensaje sea fulgurante; que el medio sea óptimo; que el código sea absolutamente inteligible; y que el receptor no haya perdido la facultad del pasmo. Una buena comunicación hace que uno se sienta pleno y que esa plenitud permanezca por siempre jamás, con un *non plus ultra* en los labios del receptor para que se convierta en emisor e inicie la mejor de las respuestas. Al menos eso es lo que sentimos los pericos verdes y las guacamayas multicolor cuando logramos repetir, después de siglos de acumulación de esfuerzos en la conciencia colectiva nuestra: ¡Dame la pata, perico!.. ¡Mambrú se fue a la guerra!.. ¡o entonar su himno nacional!

Lo sublime no puede codificarse porque se convierte en despreciable, mientras que lo ridículo es fácil de traducirlo a tinta y a imagen. De lo sublime a lo ridículo hay sólo un resbalón, son los extremos de un magnífico y arriesgado continuo fincado en el

vacío. Ante lo sublime, la belleza nos conmueve con lágrimas; ante lo ridículo, la extravagancia nos incita a la burla. Lo sublime es una percepción de íntima plenitud que no puede ser compartida; lo ridículo se puede compartir, aunque sólo los demás logren reírse. Así el amor sublima lo ridículo, mientras que el desamor ridiculiza lo sublime. Y no nos pregunten la definición de lo cursi porque nunca la hemos encontrado, aunque disfrutemos plenamente de la cursilería. Acaso lo cursi sea una ridiculez aceptable en una sociedad ridícula. Por ejemplo, las plumas que se ven sublimes en la cola de una avestruz, se ven cursis en el sombrero de una señora, y ridículas en su polizón.

Como vacuna contra lo sublime y contra lo ridículo, los humanos tienen dos artimañas: la ironía y el sarcasmo. Con la ironía se ridiculiza lo sublime. Su etimología proviene del griego '*éromai*', 'yo pregunto'. Mientras que el sarcasmo proviene del griego 'sakós', 'desollar carne'. Se ironiza con gran inteligencia, tanto para concebir la frase como para entenderla: «Es irónico que los humanos tengan que recurrir a las bestias para moralizar». En cambio, el sarcasmo es entendido por todos, aunque sean unos pocos los que logran idearlo: «Entre la compañía de un humano y la de una bestia, prefiero la compañía de la bestia». Ya no hay frases con un solo significado porque toda comunicación esconde una estrategia de incomunicación. La ironía humana es ubicua y todo lo envenena. Hay una relación directa entre el tamaño de sus ciudades y la amargura de sus ironías y lo estéril de sus sarcasmos:

Ironizan la belleza y toleran con sarcasmo la fealdad.
Ironizan la verdad y optan sarcásticamente por la mentira.
Ironizan la bondad y desarrollan un gusto sarcástico por maldad.

Ironizar es matar los significados de las palabras y dejar heridos de muerte a los significantes. En contra de la ironía egoísta, sólo

queda el silencio. Y el mejor antídoto para el sarcasmo escéptico, es el mutismo.

Por el contrario, en el seno de nuestra Madre Naturaleza existe solamente el mensaje unívoco, es decir, con un único significado. Un ladrido es únicamente un ladrido y un rugido no puede ser polisémico. Mientras que los humanos vivan rodeados de medias verdades, ironizarán el amor y lo convertirán en odio, y discurrirán sarcasmos del amor y sólo encontrarán la soledad. Querido lector, no te has fijado los pericos en cautiverio somos las únicas bestias con mirada irónica y con un continuo sarcasmo en las palabras que repetimos hasta la saciedad, cuando decimos con perfecta enunciación humana: «Pica, perico, pica, perico, pica perico». ¡Mierda!

Me temo que tú, caro lector, estás pensando que esta palinodia—que te debe estar resultando inaudita—no es ni mínimamente respetable, pero a pesar de todo no interrumpas su lectura. Si ya vas terminando de leerla, pues mejor síguele; pero si te fuiste de un plumazo a leer el final, pues te pasaste de listo, y la lectura no fue provechosa ni menos lucrativa. No ganaste nada más que perder tu tiempo y un poco de tu dinero. Tú, que deseas ser *primus inter pares* y que te proclamas *nulli secundus*, acepta que estas ideas son una insignificante bellaquería que a nadie hace daño. Por eso me atrevo a suplicarte que guardes el secreto para que otros, menos listos que tú, caigan también en esta mala enseñanza y se crean, por un momento, esta sarta de mentiras, esta obliteración de palabras. Pero no caigas en el extremo de enojarte, no hay que ser más papistas que el papa, o como se dice en francés, *plus royaliste que le roi*.

Tampoco aprueba la Academia de los Animales el interés que muestran los humanos por la estadística y las encuestas de opinión. ¿Por qué los humanos prefieren los números a los concep-

tos? Para ustedes un promedio es más evidente que mil sonrisas, y un porcentaje es más diáfano que una lágrima. Si hacemos un estudio estadístico a todos los hijos de nuestra Madre Naturaleza, descubrimos que el promedio pertenece a los vegetales, así que los mamíferos —rama que incluye tanto al perico como al hombre— seríamos en promedio plantas; como también lo serían todos los minerales. La estadística es la falacia disfrazada de ciencia. Al menos nosotras las aves no somos ni queremos ser vegetales. Si quieren otro engaño estadístico, pues ahí les va éste: Si hiciéramos un porcentaje de todos los animales desde los protozoarios hasta los vertebrados, los insectos serían los reyes porque constituyen la mayoría. Los humanos estarían representados por un número precedido de una docena de ceros, y eso si aceptaran ustedes ser parte de los primates. En consecuencia, cuando los humanos se insultan llamándose «insecto», nosotros inferimos que más que agravio es una descripción estadística.

Las encuestas de opinión, las *poll* de los norteamericanos, son aún mayores falacias. A preguntas confusas, respuestas absurdas. ¿Quién esta dispuesto a dar la vida por una opinión? Esa es la encuesta que quisiéramos ver, aunque fuera de una sola voz. La única encuesta de opinión válida es la de los mártires. Otras encuestas de opinión son caprichos de la masa, que hoy afirma y mañana niega. Son opiniones sin análisis y sin memoria. No hay discernimiento, sólo antojo. Haciendo una encuesta entre ignorantes, la sabiduría no podrá ser alcanzada. Si no, hagan un muestreo de opinión entre los humanos con estas preguntas: ¿Cómo se reproducen las mariposas?, y serán informados que hay mariposas macho y mariposas hembra, o que las orugas son los machos y las mariposas las hembras, y peor aún que las mariposas son hermafroditas, y así habrán comprobado que el número de los cretinos es infinito. Si no me creen, hagan una encuesta de opinión sobre la

inteligencia de los humanos: todos afirmarán que son listos y que los demás son los tontos.

Caro Lector, te sugiero que busques alguna agrupación de gran aprecio social para disimular tu insignificante… ¿estulticia o sabiduría? Bien es sabido que organizar es el arte de agruparse para adquirir estampa de listo. Los animales lo hemos intentado todo: la manada, la bandada y hasta el club. Nada nos ha funcionado. Cuando emigramos, los pájaros entrenamos por semanas y como en coreografía de un cuerpo de ballet, volamos sobre las ciudades siempre con la vista al frente. Muchas veces por cuidar la colocación del vuelo y la belleza de la simetría, acabamos en el rincón contrario de la tierra. Te recomendamos que te inscribas en un club social de moda, para que aprendas un juego complejo, como el golf; pero asegúrate que tengas hoyos oportunamente colocados en todos lados de tu vida. O conviértete en fanático de un equipo de fútbol, y asiste a sus juegos hasta cuando ganen, y grita toda la violencia que guarda tu alma, y bebe mucha cerveza para gozar de la plenitud de tu medianía. O escoge una religión ventajosa que te haga sentir oriental o, cuando menos, calme tu conciencia con una inmerecida sensación de sosiego. O ingresa en un partido político de oposición, y así gozarás criticando sin llevar a cuestas la responsabilidad de un pueblo, pero no dejes de rogar a tu Dios que no te dé el triunfo en la urnas electorales porque perderás toda la alegría que te da rumiar (o rumorar) el derrumbe. O búscate una entretención, que las hay de toda índole: el coleccionismo de bobadas; la adopción de una mascota —los *pets* son las únicas bestias ridículas—; conoce una estimulación nueva, sea humana o químicamente sicodélica, o si nada te motiva, aprende a disfrutar de alguno de los múltiples vicios solitarios.

Elocuente Lector, si al hojear este ensayo sentiste un poco de in-

quietud y te preguntaste si tendrías algo de bestia, podemos deducir que no eres tan tonto como otros lo han supuesto. Pero si te quedaste tan campante o si interrumpiste la lectura, es porque prefieres la ignorancia a la sabiduría, aunque de eso no podemos culparte. Pero si piensas que las cartas incluidas en el presente libro no dan mayores muestras de talento, habrás concluido que es porque los animales no somos talentosos; aunque por nuestra parte podríamos pensar que tú tampoco gozas del grado de inteligencia que presumes, y que por eso no has descubierto el gusto a estas misivas.

Amigo Lector, ¿cómo cerrar inteligentemente un texto tan idiota como éste? No lo sabemos. Hemos discurrido en ingeniosidades y en agudezas que no se nos dan fácilmente, por eso sentimos que hemos sido pésimos emisores, pero que quede claro que tenemos generalmente pésimos receptores. Dice un proverbio popular: «A mal entendedor muchas palabras», y yo agregaría, a peor entendedor, mejor escríbele una carta como ésta. La misiva que tienes en tus manos tendría que incluir una *Fe de Erratas*, si es que queremos que algún día no muy lejano llegue a ser apreciada. Por eso en esta misiva queremos dejar patente que tenemos gran fe en las erratas, y también en la esperanza de aprender de ellas, y en la ilusión de alcanzar la claridad de por lo menos un lector que pueda acreditarse de inteligente. Si encuentras una errata, da fe y escríbenos una carta.

Tus amigos parlanchines,

El señor Perico y la señora Guacamaya.

Carta quinta
ELOGIO DEL OCIO

No hacer nada o hacer de más, esa es la cuestión. Por un lado, la holgazanería, la haraganería y la «calma chicha». Y por el otro, el desacierto y el desatino por la excesiva acción. Nunca se ponen de acuerdo: inactividad o diligencia. La holgazanería o la faena. Indolencia *versus* gesta. Unos insisten en santificar la pereza, mientras otros mueren en la batalla del diario trajín. Los primeros hacen de la pereza un arte, mientras que los segundos hacen del activismo una religión.

Así como estas cartas elogian la estulticia, bien pudiera un humano escribir un Elogio de la Pereza, por lo extendido que está su delectación en el género humano. Por cada individuo diligente, hay una horda de flojos. La lentitud, el retardo y la haraganería son comportamientos que parecería que no los conducen muy lejos; sin embargo, si estos comportamientos se profesionalizan se alcanza el arte de la gandulería y la ciencia de la desidia que posee la apariencia total de lo laboriosidad, con pruebas fidedignas como la frente sudorosa y el aspiración al descanso que se considera merecido.

La otra estulticia nace del amor a la acción y conduce mayores torpezas. Mejor es un rey indolente que un rey atrabancado. Un credo moderno afirma que todo es alcanzable si se planea, organiza, controla y ejecuta con eficiencia —que cuida los me-

dios— y con eficacia, que cuida el cumplimiento de los fines. El dogma de la administración olvida que la misma etimología de la palabra afirma lo contrario, administrador quiere decir servidor, el ministro de otro, pero nunca de sí mismo, ni de la avaricia de un empresario. Para los adoradores de la acción el trabajo es el placer de llenar las veinticuatro horas del día con labores, juntas, comités, consejos, viajes de negocios y congresos. Hoy en día, tanto trabajan los *executives* que se enferman de *stress* —los norteamericanos— y de *surmenage* —los europeos—, mientras que los que son pobres sobreviven como las bestias sin saber de esas turbadoras emociones. Hay un adagio italiano que afirma el triunfo de lo despacioso sobre lo presto:

Qui va forte, va a la morte.
Qui va piano, va lontano.

Si en la música clásica hay ritmos lentos y cadenciosos, como el *largo* y el *larghetto,* o el *adagio* y *adaghetto,* ¿por qué no habrá personas calmosas? Los humanos han acusado a varios animales de ser más proclives a la lentitud, como la tortuga, el cangrejo, el buey, el caracol y el galápago; pero a pesar de que nuestra Madre Naturaleza nos hizo a unos más flemáticos y apacibles que a otros, todos necesitamos dedicarnos al trajín diario por el alimento y por el cuidado de las crías. Los síntomas indiscutibles de la flojedad aparecen en todos los humanos que gustan de la vida sedentaria, primero se apoltronan con una somnolencia insuperable y, más adelante, con un aletargamiento crónico, que hace que pierdan la consciencia por momentos con las cabezadas que dan mientras duermevelan. Quien no se considera remolón, defiende su dignidad de apático. No hay vagabundo que rechace el calificativo de holgazán y acepte el de trotamundos. El decir popular de ustedes siempre tan sabio ha subrayado que el eje central de la anatomía de los flojos está en el centro de su contacto

con el asiento placentero; si son hombres, en sus testículos, y sin son mujeres, en sus glúteos. Como las mujeres tienden a ser más laboriosas, no existen epítetos femeninos insultantes, pero para los hombres, el pueblo ha acuñado múltiples palabras, tales como *boludo* y *güevón*. Así lo testículos son testigos, si seguimos la etimología latina, de su masculina holgazanería.

El ideal del flojo no está en el desempleo, sino en el jugoso empleo del burócrata, actividad que constituye la segunda profesión más antigua de la humanidad, en la que el escritorio o *bureau* es más valioso que la persona que lo ocupa. Permítanos recordarles que la herencia histórica de los haraganes ha sido muy importante para la historia de muchos países, pero especialmente entre los hispanoamericanos, quienes nunca han sido muy diligentes y prefieren el aplazamiento del «hoy no y mañana sí», que el diario morir en la acción. Ya se decía en la colonia, «las cosas de palacio van despacio», y la lejanía retardaba a menudo las órdenes del rey, con la excusa de que «la obediencia no está peleada con la lentitud». El vulgo de los humanos tiene sus decires para bromear a quien «necesita pedir licencia a un pie para mover el otro», pero también tiene la certeza que «poquito a poco se va lejos» porque «Más vale paso que dure, que trote que canse».

Algunos humanos han hecho del trabajo un castigo y han desarrollado la contracultura del ocioso. Así la civilización humana ha hecho de la molicie, un arte; de la voluptuosidad, una ética, y de la holgazanería, un patrón de vida. El entretenimiento es la manera más cara de matar el tiempo. Cuando ustedes no tienen nada qué hacer, se entretienen, ya sea con juegos electrónicos o con las caricaturas del cinematógrafo y sus herederos. Todo sea por la holganza ociosa. El turismo cultural del inculto, la vana asistencia a eventos culturales para lucir todo menos la inteligencia, la formación de patronatos asistenciales para llenar el vacío de

sus patronos, o simplemente el matar el tiempo con un costoso *hobby*, son comportamientos considerados hodierno como altamente civilizados.

Otra estulticia humana es el ocio de los sentimientos. El *apathos* —la apatía—, con su amplia gradación: de la indiferencia y la imperturbabilidad, al letargo del vacío existencial. Su disyuntiva está en gozar poco o en no sentir nada. Para usar sus propias expresiones, diríamos de muchos de ustedes están «como iguana al sol», o en descanso de marsopa. ¿Por qué los humanos recurren a la zoología para pormenorizar su flojera y describir sus desganos? De igual manera las bestias podríamos decir de un congénere que está como «diputado al sol», sin hacer mención de las iguanas. El poco sentir y el nada hacer sumergen a muchos humanos en un deplorable estado anímico; los franceses padecen un *étourdi*, que cuando es leve se cura con un *affair*, o sucumben con un *ennui*, que si es grave no sana; mientras que los norteamericanos sufren de *spleen*, desgano que se disipa con la compra de algo, por ejemplo, de un yate. Los antiguos lo calificaban de bilis negra, los pobres hoy lo llaman morriña y se la aguantan. Esta vaga tristeza sin explicación racional conduce a quienes tienen todo a un aletargamiento de los sentidos que pincela, con intensidad casi mística, la nada.

La contrapartida de la apatía es la estulticia del sentir en demasía. La hipocondría o preocupación constante y angustiosa de los sanos por su salud, y la hiperavaricia o pasión de los adinerados por su incremento patrimonial. Los opulentos tienen que pagar oro molido para poder sentir un sobrecogimiento anímico ante una foto de una familia paupérrima, o firmar cuantiosos cheques para sacudir su sustancia humana y estremecer su alma en una cena benéfica. Entre más rico se es, más se requiere de una sobredosis de sensibilidad para sentirse vivo, no basta con el sosiego

del siquiátrico diván. Los humanos hipersensitivos se conduelen, no de los próximos, sino de lo que llaman prójimos y que están lo suficiente lejos para que nunca los incomoden con su doliente presencia. Otros deploran las guerras del otro lado del mundo mientras aplauden las propias. Como ejemplo de esta programación del alma para sentir-de-más, hay que citar el regodeo de la asistencia social que tanto agradecen los ricos a los pobres porque les permite culminar su vida con un triunfo filantrópico; mismo agradecimiento que sienten las mecenas por los pintores que iluminan su sendero de coleccionistas en una subasta de arte. Es el activismo de los privilegiados para llenar su vacío existencial. Para nuestra ventaja, las bestias no somos hipocondriacas, ni ambiciosas, ni menos gozamos de la melancolía que pinta la vida de colores pastel, especialmente del verdigris del *dollar*. Las bestias no somos desidiosas ni indolentes, ni sentimos turbaciones ni remordimientos. Nuestras vidas son plenas porque nada nos falta ni nos sobra.

La más peligrosa de todas las estulticias del ocio es la del no hacer. La negligencia de dejar de hacer lo inaplazable. Es la incuria o el descuido que hace que los humanos se queden con los brazos cruzados y la boca abierta, con dejadez y hasta con abandono, cuando habría que haber cuidado algo inaplazable. Ustedes proclaman, «Me tiene sin cuidado que se hunda el mundo». Y más aún, «A los demás que les parta un rayo»; y hasta llegan a ser bíblicos: «Detrás de mí, el diluvio». Lo mismo les da lo que va que lo que viene. «Mañana Dios dirá», exclaman esperanzados, cuando ignoran que el dios de la negligencia es un dios inmensamente desaplicado. Los clásicos le llamaban «vis inertiae», la fuerza de la inercia: lo que mal comienza, mal acaba. Nada cambia, ni nada puede cambiar. Todo está influido por el espíritu de los pusilánimes que no tiene el ánimo para descubrir las grandes

aventuras intelectuales, que no logran inventar un cosmos mejor de aquél en que les tocó nacer, ni menos llegar a hacer de sí mismos una mejor persona.

El ocio, a través de la historia humana, llegó a ser creativo hasta transformar la cotidianidad en momentos de excepción. Dormir en el desierto no fue lo mismo que dormir en una tienda de un maharajá en el mismo desierto. Ni copular con su pareja en exteriores no fue tan placentero como la noche de un califa en el jardín de un harem. En estos momentos de excepción, tienen que estimularse los cinco sentidos hasta lo sublime, o de menos hasta su remedo. Nada debe ser visto sino lo maravilloso, ni olerse sino lo fascinante, y no hay que palpar si perdemos el estremecimiento, ni oírse si de deleite carece, ni menos gustar en ausencia del paladeo. Dijeron no a la simple captación de la realidad por las cinco vías naturales y sí al regodeo sensual de los cinco sentidos. No beber sin degustar, ni comer sin deleite, ni palpar sin voluptuosidad.

Ustedes tanto han sofisticado los estímulos naturales que han hecho de la tarea de dormir, comer o procrear, un verdadero arte. Por ejemplo, para saciar su hambre, los que tienen medios, requieren de una infinidad de cosas: un comedor francés con incrustaciones de bronce y mármoles italianos, una vajilla de *sevres*, un juego de copas de *baccarat*, una cubertería de plata marca *Christofle* y un mantel de embrollados bordados chinos. Además el alimento debe saber nada menos que a ambrosía, no basta la buena sazón, sino la *gourmandise*. A nosotros las hormigas arrieras nos bastan unas cuantas migajas o unos trocitos de hoja, sepan a lo que sepan, y una gota de miel es para nosotras un banquete pantagruélico. Según la opinión humana, los manjares deben estimular, en la punta de la lengua, a las papilas saladas, luego en la lengua media a las papilas ácidas y, en la parte pregutural, a las

amargas. Pocas viandas logran concluir ese ciclo de sabores: cumplen con plenitud el paté, el caviar y los pescados ahumados, acompañados de aderezos *ad-hoc* y panecillos de horno. Por su parte los vinos deben tener sabor, color, aroma, edad y hasta genealogía y heráldica. Los manuales de las buenas maneras afirman que hay que conversar mientras se engulle, pero sin que el tema desequilibre el paladeo, por lo que nunca hay que hablar de política, ni menos de religión, porque entonces todos los sabores se convierten en amargor. Los animales irracionales nunca hemos comprendido el porqué de tanta faena y alboroto si la panza no siente más que el hambre. ¿No creen ustedes que el arte del buen gourmet es una exageración?

Para nosotros comer o descomer son únicamente funciones fisiológicas. ¿Qué pasaría si ustedes discurrieran lo mismo? Eso habría que verlo. Para descomer, ustedes requerirían un retrete francés con incrustaciones de bronce y mármoles italianos, con una letrina de porcelana de sevres, un juego de jofainas para el vomitorio, toallas mullidas y suaves servilletas higiénicas y, ¡claro! un soberbio tapete persa que diera el toque de elegancia. A las bestias les basta cualquier lugar para la evacuación del vientre y no nos importa que nos vean hacerla, y a los insectos menos, pero a ustedes el acto de excrementar les produce vergüenza.

Para que este ocio nacido del goce de que tenemos, al menos en el bajo vientre, materias fecales, pudiera llegar a competir con los agasajos del arte del buen comer, debería ser igualmente estimulante para los cinco sentidos. Para eso todos los alimentos deberían producir pasmo al descargarlos y deleitación al observar el producto. Las flores y las verduras de colores vivos y perdurables deberían ser incluidas en el ciclo de alimentación. Los vinos degustados perderían su sabor y su aroma, por lo que habría que pensar en beber algo más saturado de fragancias, por ejemplo, los

perfumes esenciales. Por su lado, los alimentos más apreciados, como los cortes de carne o los *escargots*, que produce materias fecales poco atractivas, tendría que ser sustituidos por materiales que posean un índice mayor de deleite como, por ejemplo, los minerales o las piedras preciosas, e inclusive uno que otro diamante que sería recibido con vítores por los descomensales. Los manuales de las buenas maneras afirmarían que hay que conversar mientras se defeca, pero sin que el tema desequilibre la gustación, por eso nunca hay que hablar de la digestión y sus problemas, ni menos comentar acerca de las vulgares flatulencias que, a pesar de los entrenamientos para controlar el esfínter, pudieran producir sonoridades. En conclusión, se tendría que sofisticar el arte de descomer con la creación de un vocabulario descriptivo y de un sistema de control de calidad. ¡Qué estimulante sería contemplar un grupo de ocho burgueses descomiendo juntos para departir la enorme satisfacción de vivir, mientras que miran atónitos los milagros de su fisiología! A poco no les gusta a los niños ver y tocar sus excrecencias. ¿Verdad que suena absurdo? Pues algo así pensamos nosotras las bestias de sus afanes gourmet. ¿Por qué no les parece ridículo que todo ese aliño y esos mire mires estén bien para el comer y que no puedan ser intercambiados para fomentar la cultura de la función fisiológica contraria? Nadie puede negar que el defecar pudiera ser elegante siempre que se hiciera con gracia y cortesía. ¿Han visto a una hormiga defecando? ¿Verdad que no? Es una pena que la humanidad que tanto ha gustado de la cultura sofisticada del ocio, no haya apreciado este regocijo que hasta el día de hoy resulta inédito para los humanos.

Lo lado opuesto a todas las estulticias del ocio, está ubicado el Ocio Griego, así, escrito con mayúscula, que es la virtud de ahorrar horas de lo cotidiano para dedicar minutos al pensamiento. Es el placer del entendimiento para la reflexión de las ideas y el

sosiego de los ánimos. Pero ustedes los humanos dedican su vida a la negación del ocio, al «neg-ocio», actividad que oscurece su entendimiento y desasosiega su alma. Ser comerciante no es sinónimo de bestia, pero en muchos casos pudiera serlo. Ser empresario no es antónimo de sabio, pero en algunos casos poco le falta. Ustedes los humanos nunca han gustado del Ocio griego, porque han perdido la facultad del aprender por la reflexión y el discernimiento.

Por el contrario, las hormigas no conocemos del ocio y bien que sabemos trabajar en armonía. Seguimos los pasos unas después de otras sin que nadie ambicione ser la reina. Ustedes los humanos han desarrollado una ciencia que llaman *dinámica de grupos* para lograr una mejor colaboración, pero ninguna de sus agrupaciones cumple tan bien como nosotras con el decálogo del grupo perfecto:

1º Común acuerdo en las expectativas del hormiguero.

2º Involucración en las tareas comunes de recoger la comida invernal.

3º Todas hemos trabajado, luego todas comemos.

4º Nos comunicamos los obstáculos que impiden las líneas de trabajo.

5º Nunca existe conflicto entre las hormigas de un mismo hormiguero.

6º Las hormigas confiamos unas de otras.

7º Todas las hormigas sentimos que podemos influir en lo que pasa.

8º Se respaldan las decisiones que toma el instinto colectivo.

9º Los triunfos del hormiguero son triunfos de cada una de las hormigas.

10º No consideramos feliz al hormiguero mientras haya una

hormiga triste.

Sus modelos japoneses de calidad total están inspirados en nuestros trabajos en los hormigueros y en las labores de las colmenas. El espíritu de colaboración es la razón por la que las hormigas y las abejas somos los animales más antiguos del planeta que aún seguimos siendo los mismos. Los dinosaurios no supieron colaborar y por esa razón se extinguieron. Los dinosaurios sufrieron de la estulticia de los malos grupos que tienen resistencia al cambio y padecen de la contradicción; mientras nosotras por milenios nos hemos dedicado al trabajo y a nada más. Ni siquiera tuvimos la necesidad de sujetarnos a las leyes de la evolución, porque las hormigas y las abejas hemos permanecido inalteradas. Los seres imperfectos evolucionan, los seres perfectos subsistimos invariables.

Mucho trabajo nos dio escribir estas líneas porque somos más avezadas para la acción que para el filosofar, nos se nos da el Ocio Griego fácilmente, pero nos sentimos orgullosas del gran esfuerzo que hicimos para categorizar las diversas tonterías que en muchos de ustedes se dan juntas y de un solo golpe. Estas sutilezas no se nos dieron fácilmente, porque somos obreras no calificadas, y sin embargo, al leer los desbarres, ¡perdón!, las misivas anteriores, sentimos que podíamos contribuir con algo y por eso decidimos escribir una epístola que si no es la mejor, al menos está a la altura de nuestros laboriosos lectores. Te saludamos con nuestras antenitas tan móviles como amistosas,

Las Hormigas arrieras.

Carta sexta

LA ESTULTICIA DE LO REGIONAL

También la geografía genera estulticia. No es lo mismo haber nacido en Nueva York que en las islas Canarias, o ser parisino o de Pénjamo (México). Hay una expresión española que es paradigma de la toponimia de la idiotez: «Estar en Babia», por la región del reino de León, en el noroeste de España, que pasó a la fama entre los pueblos hispánicos por su incidencia en la estupidez. Es casi como decir: «Estar en Belén con lo pastores», para aquellos que viven en una eterna natividad. O recordar aquella expresión más orientada a la ciencia: «Pasarse la vida papando moscas», más enfática aún si ustedes no son exitosos en su paciente tarea científica. Algunas expresiones cristianas no son menos demandantes: «Se le fue el sermón», implicando que el cuasi inteligente feligrés nada entendió, o la expresión más común «Se le fue el santo al cielo», para aquellos que mientras rezaban ante una imagen, les levitó el santo y no se percataron del milagro.

Mientras viajaba he aprendido cosas que muchos considerarían inútiles pero que a mí me han resultado provechosas. Cada región de la tierra tiene sus limitaciones. Aún los inteligentes, pierden agudeza cuando viven en el campo sin cambiar de horizonte. Dicen que las ciudades sólo crían caballería fina, de esa que sabe operaciones aritméticas sin cometer errores, y que lee perió-

dicos y los entiende. No todos los tontos de España están en Babia, otros espacios geográficos han alcanzado igual—o mayores—merecimientos de tontilandia. En México hay una cordillera llamada Serranía de Babia, en la Sierra Madre Oriental, entre Coahuila y Nuevo León, pero ahí a pesar de ser serranos no les corre la fama de la Babia española. Los caballos charros de ese país me han informado que los que tienen fama regional de ser tontos, se aglomeran en Yucatán, pero con eso de la globalización ahora estarán por todas partes, hasta en Guadalajara. Colombia tiene lo propio, sus tontos están en Palta. Como no tengo tiempo ni manera de investigar la localización geográfica de la estulticia en cada país de Hispanoamérica, Tú, caro lector, infórmate e infórmame en donde se localizan los tontos en tu región, y ¡perdón! si tienes que nombrar tu *birthplace*.

El coeficiente intelectual puede variar según la geografía. Entre más al norte, los humanos son más listos [no deja de sorprender que los anglosajones y lo nórdicos tengan mayor desarrollo económico que los mediterráneos], a pesar de que a veces anden norteados. En consecuencia, entre más al sur se mire, el coeficiente disminuye, especialmente si se vive en las costas o si se viaja poco. Por esta razón los caballos tenemos mayor coeficiente de inteligencia que muchos de nuestros amos, sabemos a dónde vamos y qué amo servimos. Ellos ignoran ambas cosas y después se sorprenden de los golpes que ambos recibimos. Nosotros hemos acompañado a la humanidad por milenios. Hemos sido extensión de sus piernas, de sus amigos y hasta de sus sueños. Aún hoy le damos alcurnia a quien nos posee, ya que puede ser llamado «caballero», sin caer en la mentira. A pesar de que como medio de transporte ya no somos tan requeridos, ha quedado en el habla popular algunas de las expresiones de antaño: «Más vale paso que dure, que trote que canse», «a caballo regalado, no le

mires los dientes», etc.

Además de variar la estulticia en razón a la geografía, también varía la forma como cada región nombra a sus tontos. Es interesante notar que al cambiar de geografía, también cambian los epítetos lugareños, y esto hay que saberlo porque si no, las personas aludidas no contestan, como si fueran llamadas por el nombre de otro. Los aztecas decían «suato» al tonto, y ha permanecido en uso en México este adjetivo por más de siete siglos. La palabra «pendejo» tiene muchos significados, resultado de la polisemia estúltica: únicamente en México, Chile y Colombia significa «persona estúpida», porque en España entienden que se refiere al pelo que nace en la región púbica. No estoy seguro que eso entienden ellos, o es que se hacen pendejos. En Argentina, quiere decir, chiquillo, es una forma familiar de llamar a los pibes, pero no sabemos si cambiarán de palabra cariñosa cuando crecen. No es lo mismo llamarle a alguno ¡zambombo! que ¡cretino!, o ¡zopenco! que ¡cernícalo! Hay que saber cómo calificar la memez en cada región. Por eso cuando viajan los humanos deben portar un útil diccionario, aunque cabe aclarar que no todas estas palabras son citadas en tan sabio libro, acaso porque no las consideraron dignas. ¡Palurdo! y ¡gilipollas! suenan, a riesgo de equivocarme, a adjetivos ibéricos. En Cuba paladean la estulticia y la califican de ¡comemierda! Una «pavada» sólo puede ser argentina y si se califica a alguien de ¡opa!, con voz quechua, debe ser salteño o boliviano. Los porteños utilizan más los adjetivos de carácter anatómico, como ¡boludo! y ¡pelotudo!, y hasta hace unas décadas preferían calificarse de ¡chambones! En Puerto Rico son discriminantes porque lo denominan ¡Morón! En una comarca se dice ¡zoquete! y ¡bodoque!, mientras que en otras localidades esas palabras significan simplemente lodo. Una tontería puede ser llamada ¡cuchufleta, pamplina, porro y paparrucha! y nada signi-

ficar en Hispanoamérica, a pesar de ser insultos en España. De las misma manera, ¡tarugo! y ¡pazguato!, que son ofensas en México, nada tiene que decir al respecto en Montevideo. Las palabras cambian y dejan de significar, como chupa callos o gilipollas, que hoy a nadie insulta.

No podemos exigir a todos que hayan estudiado en Salamanca, pero tampoco habremos de aceptar que escriban con los pies. Muchas comedias antiguas hicieron mofa de los escuderos y criados por su alto grado de imbecilidad: pero las mejores comedias—las de Lope, Calderón, Moreto y Sor Juana—compusieron el mundo al hacer a los escuderos listos y a los señores, medio idiotas. Así el coeficiente de inteligencia fue, según el estrato social, entre más bajo, más alto.

Como corolario concluiré que el campo semántico de la estulticia posee más palabras que el campo semántico de la inteligencia. Estas palabras y muchas más constituyen el léxico insultante de cada pueblo, y todas juntas constituyen lo que sus científicos han calificado de *coprolalia* (del griego 'kópros' 'excremento' y 'lalé', 'yo charlo').

El lenguaje es el arte que enseña a hablar las cosas por su nombre. De las partes más importante de la oración, la gente prefiere utilizar el sujeto, el adjetivo y el adverbio para apreciar la estulticia. Lo digo esto porque los insultos pueden tomar estas formas gramaticales:

sujeto *verbi gratia*: ¡un tonto!
adjetivo *verbi gratia*: ¡imbécil!
adverbio *verbi gratia*: ¡estúpidamente!

Sin embargo, es difícil encontrar un verbo con la misma raíz etimológica, a excepción de tontear. La gramática enseña que habría que utilizar el verbo en la forma pasiva: me hizo tonto, o en la reflexiva, me apendejé. La forma verbal es gramaticalmente co-

rrecta para los niveles bajos de estulticia—como tontear—, pero a medida que incrementamos la dosis, los epítetos pierden la facultad de ser trasformados en verbos: de idiota, a idiotizar; de bestia, a bestializar, etc., ambos son errores semánticos.

Los caballos hemos sido compañeros fieles del hombre a través de los tiempos. No resulta disparatado hablar de la cultura del caballo, aquella que se gestó cuando la humanidad dejó de ser nómada, se asentó y se convirtió en sedentaria, y que para lograr viajar con rapidez, domesticó al caballo hace cerca de seis milenios. Por algo fuimos escogidos por el hombre y la mujer primitivos; considero que no eran tan bestias porque no escogieron al jabalí o al cocodrilo. Así que nos convertimos en eternos compañeros de viaje. La cultura del caballo posee, como uno de sus valores, el amor a la paz. No hay ninguna guerra ganada por el caballo únicamente, aún en la derrota de los aztecas y los incas, más importaron las enemistades de los pueblos indígenas, que la caballería. Todos los reyes han sido pintados sobre nuestra naturaleza y, en algunos cuadros, como en los de Goya, aparecemos más regios los caballos que los monarcas.

Los humanos nos han olvidado en el siglo XX por encariñarse de ese instrumento atroz que es el automóvil y, peor aún, por el seudo caballo que es la motocicleta. El mismo nombre de auto es una imbecilidad, porque no anda solo, requiere de un chofer y de mucha gasolina. Cuántas guerras se hacen por el petróleo y nunca hubo una guerra por los potros y los rocines. Y para colmo, ¿cuántas miles de personas mueren en las carreteras en accidentes automovilísticos? En la antigüedad no se vieron choques de caballos, ni muertes por exceso de velocidad. La autofilia ha llegado a tales extremos que los humanos no sólo viajan en ellos, sino también hablan por teléfono y escuchan música y hasta algunos, más encariñados, viven en ellos y se aparean con sus hembras. Pero el

tiempo de los automóviles ha llegado a su término, ahora ellos sufrirán el rechazo que nosotros hemos sobrellevado con tanta dignidad: hoy la computadora los ha ido destronando. Es el último juguete de los humanos. En un mundo globalizado, el transporte ya no es el factor importante, sino la posesión instantánea de la información. Ahora todo se ha vuelto virtual, no porque los humanos sean virtuosos, sino porque instantáneamente viajan con la mente y con las imágenes a espacios que nunca habían estado ni podrían estar. Los caballos los transportábamos a espacios reales, tan reales como los brazos de sus damas; mientras que las computadoras ahora no los transportan ni menos los dejan pensar, porque este aparato—mal llamado inteligente porque no posee ni siquiera instinto—acaba pensando por los humanos.

En la época dorada del caballo, los humanos creían a pie juntillas que los équidos éramos listos. Nos miraban a los ojos y nos daban palmaditas en la quijada o en las ancas. A los caballos de tiro nos llamaban percherones, pero había también razas regionales, como los bretones y boloñeses. Los caballos de monta eran más esbeltos y, entre ellos, tenían merecida fama los árabes, el purasangre inglés, el trotón francés y el alegre andaluz. Algunos pueblos antiguos —como los rodios— sacrificaban al sol una cuadriga de caballos que precipitaban al mar. Entre los griegos, el caballo estaba consagrado a Marte. En la edad media, los caballeros creían que los caballos eran clarividentes y podían prevenir a sus amos, y hasta fundaban asociaciones de caballería, en cuyas ceremonias de iniciación ambos, caballo y amo, velábamos la espada y nos juramentábamos. Entre los nórdicos, soñar con un caballo blanco se consideraba presagio de muerte. Un sicólogo moderno —Jung— llega a proponer que el caballo expresa el lado mágico del hombre, la «madre en nosotros», dice, lo que califica de la intuición del inconsciente. Del carácter mágico del caballo

deriva la creencia de que las herraduras traen buena suerte. Me han contado mis congéneres que todo héroe tuvo un caballo célebre, a ver si los recuerdo…: Alejandro el Grande montó a Bucéfalo; el Cid Campeador a Babieca; y don Quijote a Rocinante. Hasta Buda tuvo un caballo, se llamó Kandaka, y más que un caballo, fue un amigo que se murió de tristeza cuando supo que no podía acompañar más a su amo porque un asceta itinerante no tiene caballo. Entre tanto corcel ilustre, nunca he comprendido el porqué no recuerda la historia de los humanos a ninguna yegua, como si nosotras no hubiéramos sido también heroicas. Algunos nos discriminan arguyendo la diferencia orgánica que hay entre caballo y yegua, la dentadura del macho posee cuarenta piezas, mientras que la de hembra sólo treinta y cuatro.

«Al que le pinche la espina que se la saque», dice un adagio muy antiguo suyo. Pues, yo les aseguro que a los caballos nunca nos ha faltado inteligencia, ni menos a las yeguas. No ha habido un amo que reniegue de un caballo por ser bestia, pero muchos caballos si hemos podido comprobar los grados de estupidez de nuestros amos y de las damas que frecuentaban. Ningún caballo diría «Al revés me las calcé», por haberse puesto las herraduras al revés, pero más de un amo se apeó por la orejas, o peor aún, por la cola. Hoy los caballos estamos dejados de la mano de Dios, y como la humanidad adelanta como el cangrejo, ya dejamos de ser animales útiles, y de ser motivo de orgullo, ahora hasta nos rebajan a ser alimento de animales encarcelados en los zoológicos.

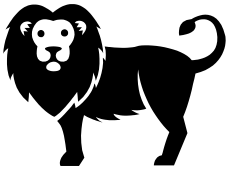
Hay algo que sólo tenemos las yeguas y los caballos y que no tienen los humanos, la querencia; es decir, el amor por los espacios vitales. Un hombre quiere a una mujer y ésta le corresponde, pero sólo nosotros nos aquerenciamos con el establo y el pesebre. Dejen suelto a un caballo e invariablemente regresa al lugar de su querencia; dejen solo a un hombre y verán que pronto encuentra el

cariño de otra mujer. Antaño decían, «El caballo y la mujer no se prestan», buen proverbio al que habría que hacer una precisión: en caso de extrema necesidad el caballo puede ser prestado porque está aquerenciado y no cambiará por nada su hogar, pero nunca hay que prestar a la mujer, porque al no tener querencia, acaso pudiera encontrar otro querer.

Ágil Lector, si eres caballero—aunque no tengas caballo—piensa que la estulticia regional es la menos maligna, primeramente porque la comparten todos en su patria chica, y porque nace del hombre y la mujer campiranos, que siempre son cultos aunque no letrados, y sabios aunque no eruditos. Más vale saber por donde sale el sol, que querer ser el sol que sale. No hay ningún animal que sea hipócrita, por eso ustedes dicen que «los niños y los animales nunca mienten». Si eres dama, piensa que la mujer, al habitar una región desprotegida, necesita desarrollar un claro discernimiento y una vigorosa colaboración para ganar a los hombres todas las batallas, especialmente ahora que ellos no tienen caballos y que su andar va de *arremal a arrepeor*, por lo que intuyo que van a perder también la guerra de los sexos.

Con un relincho amistoso, se despide de ti,

Una Yegua feminista (o yegüista).



Carta séptima
LA ESTULTICIA DE LO ILÓGICO

Cuando leí la carta de los Póngidos inferiores monté en cólera, no crean que los leones somos una especie proclive a la furia, por el contrario, somos una especie de aspecto indómito pero de voluntad pacífica. Mi cólera nace al recordar que la raza humana nos ha calumniado. Yo no quiero ser el rey de la selva porque nunca lo fui cuando había selvas, y ahora que ustedes se las van acabando, menos lo seré. La verdad es que los leones somos animales de espacios abiertos, especialmente de la sabana africana. Si algo pudiéramos simbolizar es la libertad, pero por desgracia de nuestra especie, simbolizamos exactamente lo opuesto, la servidumbre. ¿Por qué nos usan de símbolo? Somos animales de raciocinio, y no deseamos representar ninguno de los vicios o de los defectos de la humanidad. No soy símbolo de nobleza ni menos de poderío. No veo la razón de que muchos monarcas, pontífices y hasta escritores, hayan tomado mi nombre como propio. No puedo incluir en mi ira a las mujeres porque ellas nunca nos han señalado como paradigma de sus apetencias, ni menos como metáfora de sus oscuros deseos.

Mis antepasados habitaron el sur de Europa y diversas regiones de Asia, y hasta el siglo XIX, habitamos el norte de África, pero en la actualidad ya sólo quedamos relegados a la selva africana y, bajo la protección de la ley, en la reserva de Gir en la India. Mis patas son anchas y gruesas, y mis vigorosos músculos han pasado a ser decoración de tronos y sillones, especialmente en periodos históricos en que los monarcas han sido débiles y asustadizos. Soy un gran gato y como tal me comporto. Mis garras son para defender a mi manada, de día duermo y de noche vigilo, mientras mis leonas cazan. Ellas insisten en que coma primero, lo que ha dado paso a la leyenda de que con gran brusquedad carnívora, como rey viejo, aparto a los cachorros y las leonas, hasta que no sacie mi hambre. Nada tan falso que eso; ningún naturista ha estudiado mi sicología. Somos animales de paz, y como prueba doy que los leones somos las bestias que más bostezamos, de nuestros genes la humanidad heredó el bostezo. Los leones abrimos las fauces para rugir, pero también para expresar silentemente que tenemos hambre y sueño, y que de vez en cuando, queremos leona.

Yo no quiero ser signo zodiacal de nadie, a pesar de que en los orígenes de la humanidad me hayan colocado en el cielo como quinto signo, al que corresponde la fuerza solar, la voluntad del fuego y la luz que surge por el umbral de Géminis al dominio de Cáncer. Ya no coincido con la constelación que lleva mi nombre por el movimiento retrógrado de los puntos equinocciales; ahora mi constelación está un poco más al oriente. En Egipto se creía que era yo la causa de las inundaciones del Nilo porque esta catástrofe sucedía con la entrada del sol en el signo Leo, es decir, en la canícula [relacionada más con un perro que con nosotros]. Reniego de aquello de que el oro es el león de los metales, porque los leones somos bestias —aunque no bestias de carga—, y el oro es

un elemento químico de dudosa utilidad. Me han pintado y esculpido más fiero de lo que soy, y hasta me han impostado alas para acompañar al evangelista Marcos. Mentira que el león joven representa al sol de la mañana, mientras que el león viejo y enfermo al del ocaso, y que el león maduro representa la virilidad exaltada; así como tampoco el león enjaulado es metáfora de la libertad entre rejas. Todo es falso. Son pensamientos ilógicos que parten de equívocas operaciones intelectuales por falta de cacumen o por la miopía intelectual de los humanos.

Los leones abjuramos del poder, no porque tengamos incapacidad para ser poderosos, sino porque creemos que el poder es una necedad y una imbecilidad, por no decir una simple sandez. ¿Por qué los leones no podemos ser símbolos del poder? Bien dice el proverbio: «No es el león como lo pintan». Los reyes han dado suficientes muestras de tener poco entendimiento, o peor aún de irreflexión y de locura. Todos recordamos a *El príncipe idiota*. La genealogía de los Habsburgo o la de los Borbón posee parentela de hombres y mujeres que merecen, más que muchos plebeyos, de los calificativos de obtuso, romo, sandio, o simplemente lelo. Algunos monarcas con mejor talante pudieran ser moteados como desatalentados, desatinados y mentecatos. A todos se les puede ennoblecer con la expresión «a lo bruto», precedida de un verbo de acción como reinar, gobernar o legislar. Entre todos sus reyes su historia recuerda a Carlos II el Hechizado porque a pesar de haber tenido dos esposas y múltiples galenos, no logró tener descendencia, ni menos reinar con la propiedad con que lo había hecho su madre viuda y, anteriormente, su padre, y con esta cabeza de alcornoque reinó por última vez en España la familia de los Habsburgo. No veía más allá de sus narices, era un tonto de capirote, no tenía nada de Salomón. La heráldica de esta familia de prognáticos tuvo como emblema a un águila bicéfalo, menos mal

que no a un león biforme.

Y hablando de Heráldica, que con mucho es la idea menos racional que les he visto a los humanos, queremos que borren a toda la zoología de tantos escudos de naciones y de condados, que nos despinten de escudos de armas en continuo *rampant*, que al pintarnos con la mano abierta y las garras extendidas, no podemos subir, ni menos bajar. Tampoco me alegra que pongan mi figura en la proa de un barco y que me califiquen de León de proa. Los leones nunca aprendimos a nadar y siempre le hemos tenido miedo al agua. Lo que sí es cierto es la expresión «hueles a león de circo». Así los humanos han creído encontrar en mí y en mis congéneres el símbolo del máximo poder y de la valentía sobre toda duda, y hasta de las balandronadas más cobardes, como lo dice la expresión «desquijarar leones, por estar fiero». ¡Qué culpa, díganme, tienen las leonas para ser usadas como epítetos para criticar a una mujer, imperiosa y valiente, que se defiende 'como una leona'! Con qué razón nos desprestigian llamando a su casa cuando está hecha un muladar, una 'leonera'; y al califican sin ninguna razón de 'contrato leonino' aquél que tiene todas las ventajas para una de las partes. ¿Por que no lo consideran sencillamente de inhumano?

El poder es la enfermedad más aterradora de los humanos. A todos los humanos les gusta mandar; mandan unos sobre otros aunque no sepa qué mandar. Todos sueñan con un trono dorado con patas de león y con un escudo luciendo leones rampantes, pero lo hacen por el solo placer de reinar, pero nunca piensan en el bien del reino. Denle poder a cualquier animal de bellota o animal de pezuña hendida, como ustedes se califican unos a otros, y por muy diputado o senador que sea, perderá la razón. Muchos politiquillos han enloquecido a la primera cucharada de poder, mientras que los humanos que verdaderamente conocen sus potencias y

privilegian sus logros interiores, abjuran de todo poder. Ningún hombre es más poderoso que cuando desprecia el poder.

Mis congéneres han sido testigos de que los humanos han inventado varios sistemas de gobierno, primero el reino y más tarde el imperio. Un día descubrieron la democracia con el grito de ¡Viva la libertad, la igualdad y la fraternidad!, para terminar especializándose en sólo uno de esos tres ideales. Aquellos pueblos que lograron la libertad sobre todas las cosas, crearon los países más desiguales: todos son libres aunque no todos coman lo mismo. Es el capitalismo. Otros pueblos privilegiaron la igualdad por sobre todas las cosas y crearon el socialismo, en donde todos comen lo mismo—o casi—, pero en donde no hay libertad. Y cuando algún humano pretendió que la fraternidad fuera la esencia del gobierno, lo acabaron matando por idealista. Y para el colmo, cuando la monarquía dio paso a la democracia en el siglo XIX, el estado se erigió en dictadura y sufrieron los humanos un siglo de totalitarismo que desembocó en la mayor guerra que ha tenido su historia, la que llaman en un conteo equivocado, la segunda guerra mundial. ¿Es todo esto un logro de su razón, o el resultado de su estulticia? ¿Qué lógica tiene pelear por la libertad, para cuando la alcanzan, seguir peleando por la economía? Los leones ya no queremos ser su escudo; nos avergüenza vernos en sus banderas y en sus emblemas. ¿Por qué no ponen el retrato de alguno de sus antepasados rampando?

Otra forma ilógica de la estulticia es la exageración. Puede ser por hipocresía, si se oraliza el halago con falsedad, o por insinceridad, si se discurre con demasiados calificativos. Nadie puede guardarle el incógnito al bruto, pero el hipócrita puede disimular con fingimiento y sofistería la baja capacidad racional del otro. Al rey se le brinda adulación y al vicioso, complacencia. El hombre lisonja a la mujer con hipocresía, si son sus halagos falsos, y con

ceguera, si se ha enamorado. Un hombre podrá ser más feo que Plicio, como decían los clásicos, y aún así recibir comedimientos femeninos más falsos que el beso de Judas. Las bestias no tenemos patas izquierdas, ni patas derechas; para un caballo da lo mismo cocear con la diestra que con la siniestra. Mientras que ustedes los humanos son ambidiestros o ambizurdos según su conveniencia.

El vicio de la hipocresía alcanza particularmente a la política. La lisonja y el halago son consideradas buenas maneras en el mundo de los grandes. A los leones nadie nos alaba, ni las leonas, ellas nos dejan en paz como machos cumplidores que somos y sanseacabó. Sin embargo, en los reinos y en los gobiernos democráticos, venenosos circulan los decires y cada chismoso los agranda. En todo reino poderoso, el triunfo no es para los magnánimos, sino para los pusilánimes, gracias a su trabajo hipócrita de baja sonoridad y alta eficacia al contar las limitaciones de los otros, falsas o verdaderas, pero en todo momento con mala leche. En un estado de derecho, del que ustedes presumen tener, la calumnia es aceptada como instrumento punzante, y la mentira actúa como diplomacia eficaz. Constituye la épica de la mediocridad. Ya las voces del pueblo no cantan las hazañas de los héroes, sino que entonan la palinodia de lo ajeno, con el deseo de enviar al héroe al calabozo y de menoscabar sus hazañas. Esta actividad despreciable y cansina es calificada de animadversión o malevolencia, entre los mayormente educados, o de simple tirria y ojeriza, entre los menos rigurosos.

Nadie enfrenta las palabras falsas y calumniosas, sino todos ronronean con envidia el fracaso de los exitosos y el infortunio de los felices. En algunos países se califica de «grilla» a esta productiva actividad. Así la vida natural de un pobre insecto ortóptero saltador, ha sido convertida en un funesto verbo: «grillar», para

calificar la acción de hablar solapado en contra de otros. Todos conocemos que el grillo macho produce con sus élitros un sonido agudo y monótono de difícil ubicación, el cri-cri que todos oímos y nunca localizamos. Así es la calumnia soterrada, la murmuración a las espaldas y la maledicencia tras las esquinas. El «grillo» tiene el grillete de su propia mediocridad. No es bravucón, ni menos claridoso, porque no puede vivir a la luz, sólo cricrea en las esquinas oscuras y ante los que escuchan tras las puertas. Es un canto inútil que no busca el apareamiento, sino sólo la emponzoñación. Si lo escuchan, desaparece; si lo ignoran, vuelve a cricrear. Un grillo no está liado con nadie, sólo con su propia medianía. Al cantar las supuestas bajezas de otros, el grillo pierde un poco de su propia amargura. El envidioso quiere ser otro, el grillo ni a eso aspira. Muchos reinos se han enardecido por las grillerías, pero en la historia de la humanidad no se registra una sola victoria debida al sólo grillar.

La máxima hipocresía política es la de amañar las elecciones porque es mentir contra la voluntad de un pueblo. Sin embargo, el grillar también es antidemocrático porque la hipocresía pública enturbia las mentes y sofoca los corazones. Aunque afirme el dicho: «Gato con guante no caza», el hipócrita saluda con una mano inmaculadamente enguantada, mientras rasguña con la otra. Los calificados de farsantes declaran la verdad que consideran conveniente por eso es más temible un *Tartuffe* que un apóstata; como también el fariseismo y la mojigatería son peores que la contumaz herejía. Por eso los cristianos han perdido tanta credibilidad entre ellos mismos, ya no confían en lo que pregonan, «aunque lo digan con un Cristo en la mano».

Alterar la verdad no siempre es tan dañino. Cuando la percepción que reciben los humanos de su mundo es alterada para goce de su espíritu, se crea el mundo artístico. Así el arte literario

nace de la alteración de la imagen por la parodia, la ironía y, sobre todo, la hipérbole. Parodia el que imita burlescamente una cosa seria para hacer pensar; ironiza aquél que profiere una frase con dos significados, uno literal para los tontos y otro oculto para los listos, mientras los primeros se quedan serios, los segundos ríen a mandíbula batiente. Por su parte, la hipérbole consiste en exagerar para impresionar el espíritu. ¿Cómo darles un ejemplo? La parodia de un león, sería un rey aleonado; la ironía es que fuera cobarde; y la hipérbole es la exageración estética de nuestras garras para patas de mueble y de nuestra imagen en un escudo, y especialmente de nuestras fauces abiertas como cartel de una compañía cinematográfica sin que nos hayan pagado derechos.

La estulticia de lo ilógico es, para mí, la contienda que la humanidad ha propiciado entre la ortodoxia y la heterodoxia. Un flanco fraccionado por la hiperortodoxia obstinada y el otro extremo por la herejía contumaz, ni cismas que separan, ni apostasías que rompen, porque aunque todos esos afanes prueban que ustedes son animales racionales, el pelear por las ideas es acción que no les deja pensar con libertad. Los brutos no podemos entender estas luchas por las ideas, que enfrentan a hermanos contra hermanos sólo porque unos son crédulos y otros incrédulos, porque unos niegan el derecho a la reflexión a otros que piensan fuera de la lógica tradicional. Bien pudiera el reino animal oralizar este clamor: ¡Vivan, pues, los herejes y fructifiquen todas sus herejías mientras que éstas conduzcan a la Verdad!

Creer o no creer, esa es la cuestión. La historia de las religiones es también la historia de sus herejías. En el mundo antiguo, los heliognósticos no creían en la divinidad solar, mientras los demás, adoraban al sol. Entre los hebreos hubo profusión de herejías: los adoradores de la diosa Astarté, la Venus semita, en vez de adorar a Javé, y los baalistas adoradores de dios cananeo Baal, y

los esenios que practicaban la comunidad de bienes y tenían gran humildad de costumbres, y los molochistas que adoraban a Moloc y le sacrificaban niños, y los sadúceos que negaban la inmortalidad del alma y la resurrección de los cuerpos, y los fariseos—tan evangélicos—cuya hipocresía hacía que el alma perdiera la esencia por seguir la ceremonia.

Los antepasados de mis congéneres afirman que en el cristianismo hubo también herejes y herejías posteriores a Jesucristo. En el siglo I, Simón el Mago, pretendió comprar el don de hacer milagros, y los nicolaítas se opusieron al celibato y aconsejaban la comunidad íntima con mujeres. El siglo siguiente fue el de los gnósticos: Carpócrates y sus carpocráticos combinaron las ideas del Platón con el cristianismo. Marción y sus marcionistas afirmaron que el Dios justo y rígido del antiguo testamento no podría identificarse con el Dios bueno del nuevo testamento. Y Montano y el montanismo, con el apoyo de Tertuliano, anunció el próximo retorno del Cristo y la realización en este mundo de la Jerusalén celestial. En el tercer siglo, floreció la doctrina persa de Manes y los maniqueos que creía en los dos principios: el bien/luz y el mal/tinieblas. El cuarto siglo trajo a Arrio y sus arrianistas que negaban la divinidad de Cristo, y en África se propagó el cisma de Donato, obispo de Cártago, que negaba el perdón a los apóstatas, y en España se ejecutó a Prisciliano, obispo de Ávila, por admitir haber tenido prácticas religiosas ancestrales de origen celta. Todos estos fueron triunfos inútiles. Aquellos de mis congéneres que fueron testigos de tanto dolor, se extrañaban que únicamente la tradición judeo-cristiana sufriera cismas y herejías, mientras que las religiones orientales, como el hinduismo y el islam, resultaban más tolerantes. Todo cambio era avatar y toda nueva voz era aceptada como la de un nuevo profeta.

En estos primeros quinientos años cristianos, nuestra Madre

Naturaleza permaneció inmutable. El sol siguió su movimiento como reloj astronómico que es y los mares siguieron siendo los mismos, las estaciones se sucedieron ordenadamente y las nubes se continuaron convirtiéndose en lluvia, las flores fueron polinizadas y las parejas se aparearon procreando nuevos frutos y nuevas crías. Fue un triunfo del universo sobre el caos original.

Cuando la historia de ustedes que califican de moderna pasó a su quinta centuria, Pelagio y los pelagianos opusieron el libre albedrío a la fuerza determinante de gracia divina y negaron el pecado original. En los tres siglos siguientes, Desiderio de Burgos se sintió Cristo, y Filopono y los triteístas creyeron en una trinidad de dioses. Mientras tanto, los iconoclastas se opusieron al culto de las imágenes. En la novena centuria, Juan Scoto separó la fe y la razón, y la historia humana se cimbró con el cisma griego.

En estos primeros mil años cristianos, nuestra Madre Naturaleza permaneció inmutable. El sol siguió su movimiento como reloj astronómico que es y los mares siguieron siendo los mismos, las estaciones se sucedieron ordenadamente y las nubes se continuaron convirtiéndose en lluvia, las flores fueron polinizadas y las parejas se aparearon procreando nuevos frutos y nuevas crías. Fue un triunfo del universo sobre el caos original.

Al cerrarse el primer milenio cristiano nació el milenarismo o creencia que fijaba en el año 1000 el fin del mundo y su historia padeció el cataclismo del cisma de oriente. En las tres centurias que prosiguieron, los albigenses no aceptaron la divinidad de Jesucristo, con el rechazo del fausto eclesiástico y la aceptación del vegetarianismo; mientras Guillermo de Sautoamor y los flagelantes hacían penitencia pública para purgar sus pecados en sustitución de los sacramentos. El final del Medievo vivió el cisma de los templarios, Guillermo Occam negaba la autoridad papal en asuntos temporales, Ramón Llull de Tárraga polemizaba con un

misticismo neoplatónico, mientras la historia humana sufría el cisma de occidente al coexistir tres papas con sedes en Roma, Aviñón y Pisa. Mis congéneres fueron testigos de dolorosos autos de fe y de huidas a mata caballo, todo por pensar diferente. Esta desarmonía fue un triunfo momentáneo del caos sobre el universo.

En estos primeros quince siglos cristianos, nuestra Madre Naturaleza permaneció inmutable. El sol siguió su movimiento como reloj astronómico que es y los mares siguieron siendo los mismos, las estaciones se sucedieron ordenadamente y las nubes se continuaron convirtiéndose en lluvia, las flores fueron polinizadas y las parejas se aparearon procreando nuevos frutos y nuevas crías. Fue un nuevo triunfo del universo sobre el caos original.

Mientras tanto las herejías cristianas continuaban impertérritas, según los decires de mis congéneres. En pleno renacimiento —el suyo— los husitas propugnaban por la pobreza eclesiástica, mientras el bohemio Jan Jus era llevado a la hoguera; Martín Lutero y la Reforma protestante apoyaron el libre examen; el reformador Zwinglio propugnó la biblia como única autoridad y luchó tanto hasta morir en batalla entre cantones reformados y católicos; Calvino y los calvinistas afirmaban la total sumisión del hombre a la grandeza de Dios porque Él elige a los salvados, mientras los restantes van a infierno; y desde el monasterio de Port-Royal, los jansenistas negaban el papel determinante de la gracia; y Luis de Molina y los molinistas sostenían que Dios conoce la respuesta humana antes de otorgar su gracia. Años más tarde, una herejía política fue la fundación de la iglesia nacional por Luis xiv de Francia—éste sí fue rey de una selva—quien trató de gobernar su país sin contar con Roma. Con las transformaciones de la sociedad humana, los movimientos heréticos se fueron convirtiendo en rebeliones políticas. Así se comprobó que el hombre es el animal

menos tolerante, y la herejía dio paso a la revolución, y la razón humana permitió la libertad de pensamiento.

En el último siglo del segundo milenio, después del triunfo democrático sobre la dictadura del Estado, surgieron dos fuerzas centrípetas, el marxismo y el capitalismo, pero a pesar de que la primera es sólo una sociología de la historia humana y la segunda, un sistema económico, ambas fueron entendidas por muchos pueblos como ideologías. Así la guerra fría y la guerra candente pasaron al escenario mundial. Para unos, el marxismo era el Anticristo, para otros, ambos sistemas eran el Anticristo; nosotras las bestias—que comprobábamos que sus pobres abundaban y que sus ricos, también abundan— pronosticamos que el capitalismo iba a perder, con el triunfo de los desvalidos. Sin embargo, su nuevo dios *Económicus* salió vencedor y el capitalismo imperó. Y los pobres siguieron siendo pobres, mientras los ricos se enriquecieron inconmensurablemente porque las grandes ideologías dejaron de inquietar las mentes. Esta desarmonía fue un triunfo definitivo del caos humano sobre un universo degradado.

En estos dos mil años cristianos, nuestra Madre Naturaleza permaneció inmutable. El sol siguió su movimiento como reloj astronómico que es y los mares siguieron siendo los mismos, las estaciones se sucedieron ordenadamente y las nubes se continuaron convirtiéndose en lluvia, las flores fueron polinizadas y las parejas se aparearon procreando nuevos frutos y nuevas crías. Fue un nuevo triunfo del universo sobre el caos original.

Si se escribiera la historia bélica de la humanidad y cada guerra tuviera su capítulo, no habría biblioteca que pudiera contenerla, ni ojos pacientes que la leyeran porque se necesitarían siete vidas para sólo hojearla. La historia de las herejías sería sólo un minúsculo capítulo, acaso el más interesante, porque abarcaría las discordias que fueron causadas por la búsqueda de un principio

divino. Este inmenso tratado de las guerras de todos los tiempos tendría que comenzar con un nuevo *Génesis*, que iniciaría con estas palabras: «Díjose Dios, hagamos al hombre a nuestra imagen y a nuestra semejanza, y Dios creó al *soldado*».

Los animales irracionales no tenemos la gracia para poder ser religiosos. Cuando nacemos todo se ilumina y cuando morimos, todo se acaba, nuestro instinto no comprende otra dimensión. Para nosotros no existe el enigma del origen, ni la búsqueda de un camino trascendente, ni el problema del bien y del mal, ni menos la incógnita de la muerte. Ustedes han elaborado mil y una religiones para lograr la paz espiritual, pero aún se angustian con los misterios de la vida y, sobre todo, con los misterios de la muerte. Las religiones que ustedes califican de primitivas creen que todos los elementos de la Nuestra Madre Naturaleza poseen vida y, por lo tanto, pueden ser benéficos si los congraciamos con nosotros. El trueno y el huracán pueden convertirse en brisa húmeda, y las nieves eternas o el desierto, en florido vergel. Es claro que ustedes ya no creen en estas patrañas a pesar de que en un día no muy lejano, rindieron culto a los *totems*, es decir, a los animales protectores de su pueblo. Era el culto a Nuestra Madre Naturaleza por mediación de nosotros, los animales tan irracionales como mágicos.

Las religiones superiores se olvidaron de los cultos primigenios y formaron complejos panteones divinos con embrolladas creencias, que exigen normas rigurosas de conducta, bajo el control de instituciones que prescriben ritos inacabables. Sin embargo, religiones superiores se olvidaron de Nuestra Madre Naturaleza y de los *totems* que nos representaban. Para nosotros no hay cielo ni infierno, ni menos el nirvana, pero que no nos hace falta. Somos lo que somos y eso es más que suficiente. Sin embargo, de todos los senderos religiosos que tratan de unir la materia y el

espíritu, sentimos que el más cercano al mundo natural es el hinduismo, por su aspiración a la unidad del yo personal con el todo infinito, mediante un ciclo de reencarnaciones en humanos y animales, que nos conduce a Nuestra Madre Naturaleza, quien siempre ha permanecido inmutable, porque el sol sigue su movimiento como reloj astronómico que es y los mares siguen siendo los mismos, mientras las estaciones se suceden ordenadamente y las nubes continúan convirtiéndose en lluvia, y las flores son polinizadas y las parejas se aparean procreando nuevos frutos y nuevas crías. Es el triunfo total del universo sobre el caos original.

Querido Lector, que tan pacientemente has seguido hasta aquí la lectura de estas cartas que te envían unas bestias con el solo fin de invitarte a pensar, no olvides que el poder impone el bien individual sobre el bien común, en contra de lo que establece nuestra Madre Naturaleza: el principio del bien de todos nosotros sobre el beneficio de cualquiera de las bestias. El poder pone más candados que puertas; mientras que la sabiduría abre las murallas y entrelaza los paraísos. Por estas razones, el monopolio que han ejercido los humanos del poder debe ceder ante la Sabiduría —la de ustedes y la nuestra—, porque es el tesoro de tesoros. Te envío un ronroneo amistoso y un apretón de manos (conste que sin aguzar las garras),

El apolítico León.

Carta octava
LA ESTULTICIA DE LO RAMPLÓN

Siempre he soñado con coger el cielo con las manos, o al menos vivir, como dicen los franceses: «*Prendre la lune avec les dents*», «prendido de la luna con los dientes»; pero siempre me descubro más torpe que un cerrojo y menos aguda que la punta de un colchón. ¿Será la pobreza de mi espíritu?, ¿o simplemente que me gusta soñar quimeras mientras sobrevivo agarrada a un celaje? No es cierto que la inteligencia esté de más, lo que sí está desaprovechada es la capacidad de crear de los humanos, ya nadie cree en la facultad de la imaginación, ni menos en los senderos inagotables de la fantasía. ¿Cómo evadirse de un mundo de fruslerías y de disparates, de engañifas, fárragos y faramallas? Todo resulta una ñoñez, un esfuerzo baladí; en pocas palabras, la insulsa e inútil vanidad de vaciedades.

Mejor sería que en concreto se hablara de cierta insubstancialidad, de cero a la izquierda, de nada, pero persisten triunfantes los don nadie, los deplorables mequetrefes y el recíproco ninguneo. Entre tanto humano obtuso de la mollera que crece rodeado de chisgarabís y de malandrines, no hay quien tenga la suerte de hacer fructificar plenamente una

mente creativa.

En la antigüedad se calificó de edad de Saturno a la edad dorada en que los animales teníamos el don del habla, pero la verdad es que los animales siempre hemos hablado, sólo que los humanos han ido olvidando nuestros códigos. La tradición hebrea y la islámica han dejado constancia de los animales parlantes. Yo soy el animal más calumniado. Se me acusa de ser el culpable de todos los males de los cielos y de la tierra, hasta me imputan la guerra de los cielos en la que salieron triunfantes las fuerzas del mal, con Luzbel como capitán de los ejércitos. Si él era un ángel, ¿por qué lo pintan los artistas con mi cuerpo? Se me atribuye la tentación de Adán y Eva, cuando no necesitaron de mí para comer, metafóricamente, el fruto del árbol de la sabiduría. Se me incriminan las tentaciones humanas y me retratan bajo los pies de virginales figuras, cuando las mujeres no pueden ni tocarme, menos pisarme con los pies desnudos. Todas son falacias. Acepto que soy una bestia rastrera, pero quiero aquí dejar constancia de que siempre he anhelado ser pájaro. Únicamente los antiguos mexicanos comprendieron mis congojas y me pintaron con plumaje, como símbolo del agua y de la eternidad. Nunca he sido el verdadero y el único antagonista del bien; lo han sido ustedes, con su flaqueza humana.

Crear. Crear un mundo en siete días. Crear un hombre con lodo y saliva, y de su costilla, crear a una mujer. Ninguna de las labores divinas supera a la creación. Por eso yo abjuro de la razón y celebro a la loca de la casa. Mi casa.

Más que a la inteligencia, valoro a la imaginación como la facultad del alma que representa las imágenes de las cosas reales o ideales. Y por sobre la imaginación, celebro la fantasía, como la facultad del alma de representarse quimeras. Despreciemos los sentidos porque se consuelan con lo real, para festejar la imaginación —faro del arte— y para celebrar las quimeras porque son guías hacia lo maravilloso.

Me cautiva lo absurdo y lo inconcebible. Hay que aprender a quimerizar con una zoología fantástica. Yo no quiero aceptar la existencia de los mamíferos, ni menos en la de los reptiles, por la simple razón de su ramplonería. Prefiero creer en seres prodigiosos.

Soy fanática de la Quimera con sus tres cabezas. De la Esfinge con cuerpo de perro, garras de león, cola de lanza, alas de águila y sexo de mujer. Y de la Lamia, aquella mujer hermosa que se convirtió en monstruo, mitad mujer y mitad serpiente, para arrancar a las criaturas del seno de sus madres y beber la sangre de los hombres jóvenes, a quienes atraía con un silbido libidinoso.

Venero al Unicornio por su pureza, y las Sirenas por su dulcísimo canto, y a sus machos, los Tritones, mitad hombres mitad delfines, porque tienen el don de calmar al mar.

Atisbo a todas horas al Minotauro, ese ser mitad hombre y mitad toro que fue confinado al Laberinto por el rey Minos, y que se alimentaba de carne humana de hombres y mujeres jóvenes. Sólo Atenas había de contribuir cada año con siete doncellas y siete donceles; pero Teseo descendió al Laberinto y, con la ayuda de la tejedora Ariadna, intentó

acabar con el monstruo. Es falso que lo haya matado porque aún vive en mi mente.

Recelo de la Hidra de siete cabezas. Del Grifo con cuerpo de león, cabeza y alas de águila, orejas de caballo y crines de aleta de pez, Y más aún, del Basilisco que mata con la vista. Y de la Harpía, con su cuerpo de mujer y sus garras de águila.

En mi zoológico fantástico tengo mis preferencias. Pegaso tendrá siempre mi adoración. Hipogrifo mi cariño, a pesar de ser mitad caballo y mitad grifo. Y el Dragón alado será más que el amor de mis amores, será mi *super ego*.

De mi zoológico quimérico únicamente desprecio a las tres Gorgonas porque en vez de cabellos tienen pequeñas serpientes, y porque en su boca hay sólo un diente y en sus cuencas, un sólo ojo, que se prestan. El diente es como colmillo de jabalí y sus manos son tan frías como bronce en ventisca.

Hoy en día todo es práctico, ya nadie sabe cómo cazar un Unicornio. Mis antepasados oyeron decir que para atrapar un Unicornio, un mancebo debe ser disfrazado de mujer joven y su cuerpo perfumado con una mezcla de sándalo y almizcle; así la bestia maravillosa, atraída por la primera fragancia y seducida por la segunda, recuesta embelesado su cabeza en el regazo del verdugo. El secreto está en que el cazador debe esperar hasta que el unicornio se quede dormido y, entonces, en un movimiento rapidísimo asirle fuertemente el cuerno y, dando un doloroso tirón, arrancárselo con todo y raíz. Al fracturarse el cuerno suena como cristal que

se quiebra. La herida del unicornio es mortal porque se derrama toda su sangre azul por ser incoagulable. Poseer un cuerno de unicornio asegura la longevidad en el amor, pero esa pasión no es sinónimo de felicidad. Junto al unicornio, también reverencio al narval, el cetáceo marino de aguas frías cuyo colmillo izquierdo se prolonga cerca de tres metros, como la cornamenta solitaria de un unicornio. Poseer este cuerno atrae desgracias para el pescador e infortunios para su dueño. Su enorme cuerno no posee poderes mágicos, pero la estulticia humana los imagina y la ambición hace lo demás.

Hay humanos que tienen entre sus genes uno que proviene de la evolución del unicornio. Se llaman humanicornios y sufren una gran atracción entre sí. Cuando no se conocen, se suspiran; cuando se encuentran, se reconocen y se aman. Ser un poco unicornio es tener un resplandor opaco para los equinos y traslucido para los que tienen tres ojos, uno para la realidad, otro para la imaginación y un tercero para la fantasía. Los humanicornios poseen un pequeño cuerno invisible, sólo se les reconoce porque tienen los ojos de plata y porque son infelices hasta que no bicefalan su cornamenta. No gustan de la verdad, por lo que desprecian la ciencia; ni de la bondad, por lo que desdeñan la moral; sólo se interesan en la belleza, por lo que son estetas. El sueño dorado de muchos sería convertirse en humanicornios, pero nuestra Madre Naturaleza reparte ese don sólo entre pocos.

También admiro la zoología de la utopía fantástica, que

existe en un tiempo inmutable y vigila desde un espacio imposible. El sueño dorado del espacio perfecto: trovas de castillos en el aire, romances *des châteaux en Espagne* y embustes magnificadores del reino de Micomicón. También me pasmo al recrear las visiones de la utopía popular de la Tierra del Preste Juan y del País de Jauja. El tiempo queda detenido en fábulas acrónicas y el espacio alcanza la perfección del *non plus ultra*. Trovadores en viaje perpetuo que alucinan con la isla de San Balandrán. Espacios encantados velados por gnomos y sílfides que guardan tesoros incalculables. Narraciones que para evitar la muerte duran una y mil noches. Luz de lámparas maravillosas en donde moran geniecillos díscolos. Caseríos medievales bajo el poder mágico de la *fata morgana*, en noches de brujas de *le pot au lait*. Historietas de encantamientos habitadas por hadas y duendes y fábulas de nocturnos bosques poblados de silfos, ninfas y trasgos. Cuentos de brujas que preparan pócimas contra todos los males, especialmente contra el desamor. Danzas marinas de olas espumosas en donde las cincuenta Nereidas gozan sus cuerpos dándose maromas. Rapsodias acuáticas con náyades y ondinas. Rumores de apariciones de seres extraordinarios sin que haya temor de los aparecidos. Espíritus de bondad que personifican las fuerzas benévolas de Nuestra Madre Naturaleza. Ustedes dirán que ninguno de esos seres extraordinarios vive, que son una falacia, que sus espacios son utópicos y que imposibles sus tiempos acrónicos, pero la zoología real necesita creer en la existencia de una zoología fantástica para poder sobrevivir. Aunque la razón humana afirme que todos estos los seres de la utopía

fantástica están en vías de extinción, yo afirmo que sin embargo, se mueven.

En la ascensión de la humanidad hacia las posibilidades superiores, ustedes han recorrido dos estadios y permanecen varados en el tercero: primero salieron vencedores en la batalla contra los monstruos, nuestros antecesores mutuos; luego combatieron contra los héroes y salieron victoriosos; pero aún no ganan el combate con el ángel. Para mí todo es paradoja de paradojas y la realidad me resulta inodora y más que insípida. Y toda explicación racional se evidencia farragosa y plagada de ripias. Pero a pesar de todo, tengo la certeza de que no soy un monstruo, aunque todavía me reste triunfar en la batalla de los héroes, para después adentrarme subrepticiamente en el paraíso y permanecer allí, como premio a mi victoria junto al ángel de la espada flamígera.

A pesar de ser bestia, creo en la teología, pero en la teología de la belleza. Sé que ha habido teologías centradas en la unicidad de Dios, como pensaban los neoplatónicos: La divinidad es la unidad en un cosmos plural. Otra teología ha centrado sus tesis en la bondad divina como máxima virtud, como en san Buenaventura y en el pensamiento franciscano: para ellos la divinidad es la bondad por excelencia en un cosmos maldito. Una teología más racionalista privilegió la verdad como la capacidad divina fundamental, con Tomás de Aquino a la cabeza: la divinidad es la verdad en un cosmos estúltico. Para mí, estas vías son caminos de ciego. No niego que la divinidad pueda ser un uno absoluto, de infinita bondad y de máxima sabiduría, pero ¿y su belleza? Para que

fuera Dios tendría que ser la suprema belleza. Por eso yo, que soy la bestia más repugnante, he escogido la belleza como la única vía para llegar a ese Dios que me creó y que me abandonó en este desolado paraíso terrenal, con la sola señal de tener una sed insaciable por todo lo bello.

Quisiera vivir en una exaltación mental, o más aún, en un ataque de locura, porque aunque deseo ser artista, no lo logro porque, para mí, es un deseo contra natura. Nací serpiente, y a pesar de ser la más inteligente de todas las bestias —lo dice la biblia—, no tengo la capacidad de la creación. Puedo imaginar y tengo la capacidad de fantasear, pero nunca he podido crear. Observo y admiro cómo los humanos tienen el don de la creación, pero siendo yo por Naturaleza un animal inferior, todos mis esfuerzos son en vano. Ese don es únicamente para los dioses y para contados seres humanos. En mi yo íntimo sufro la más trágica de todas las estulticias. Nada más triste que querer ser tritón entre peces o unicornio entre caballada. Sin embargo, nunca he envidiado a los humanos, a pesar de que ustedes han acumulado sobre mí todos los signos de la maldad.

Es falso que en el paraíso terrenal estuvo el árbol del bien y del mal, ni que tuviera un fruto prohibido. Yo estaba allí y puedo testificarlo. Todo fue un despropósito nacido de la envidia. Eva sintió envidia de Adán. Adán sintió envidia de Dios. Y Dios no se percató de tanta envidia. Ni Eva se convirtió en hombre, ni Adán en Dios. Yo estaba allí y puedo atestiguarlo. Adán le echó la culpa a Eva, y Eva a mí, y yo he tenido que cargar siempre con esa calumnia. Yo fui

castigada a arrastrarme por los siglos de los siglos. Apenas me acuerdo cuando era la serpiente emplumada, con magníficas alas que podían volar. Ellos fueron castigados con la expulsión del paraíso, pero nunca aprendieron la lección porque gestaron la estirpe de la envidia. Su hijo mayor pronto sintió el aguijón de la rivalidad. Por eso Caín mató a Abel. Es falso que Caín tuviera un mal final, su hijo Enoc edificó la primera ciudad y uno de sus descendientes, Tubalcaín, fue el primer forjador de instrumentos cortantes de bronce y de hierro. A partir de entonces las ciudades fueron envidiosas y las envidias se resolvieron con las armas.

La envidia es el menoscabo por el bien ajeno y la falta de alegría por el bien propio. El envidioso es el más lamentable de los viciosos, porque de los pecados magnos que la Biblia recoge, sólo la envidia no ofrece la oportunidad de saciar su fruición porque es una pasioncilla que magnifica el bien ajeno y trivializa el propio. Como dice el refrán, «La gordura del dichoso enflaquece al envidioso». Entre más desea el envidioso ser el envidiado, menos encuentra cómo ser él mismo, porque tiene empobrecida la imaginación y parquísima la fantasía. Lo que posee no le satisface y lo que no es suyo, es deseado con la máxima vehemencia. Por eso este desvarío guarda la mayor de las ironías. El envidioso es un cretino porque admira el talento de los otros, mientras se percibe desatalentado. El envidioso es una niña quitolis, un niño bitongo y un zopenco. Es el más triste de los bobos porque el envidioso, por verte ciego, se saltaría un ojo; aunque no pasa de ser un ablanda higos o un patán destripaterrones. Un *sot à triple étage* que no tiene dos dedos de fren-

te. El envidioso es una sabandija que se deseca por dentro, mientras ignora cómo vivir hacia afuera. Es el ser con menos imaginación y con la fantasía más raquítica que he conocido. Eso tiene la envidia, que se castiga ella misma.

Los animales que somos clasificados como no racionales, desconocemos la envidia y nos sentimos contentos con lo que nuestra madre Naturaleza nos dio. Si no podemos volar, o vivir bajo el mar, por algo será. Nuestros destinos están escritos en nuestro instinto. Nacemos y morimos guiados solamente por nuestra inconsciencia, pero nunca nos equivocamos, ni nos sentimos frustrados. Yo nunca me he arrepentido de haber nacido serpiente. Sé que para muchos soy repelente, pero en lo íntimo de mi ser, me siento orgullosa de mí naturaleza.

La estulticia de la mediocridad es, por lo general, muy exitosa. La genialidad es poco común y no puede ser compartida con la masa, mientras que la mediocridad es mayoritaria y sí se comparte; por eso el genio conoce más la soledad que el triunfo. Las inteligencias paupérrimas son como arañas tejedoras que saben construir las telas con que atrapan su irrisible botín. Por eso ustedes los humanos prefieren vivir en un mar infesto de envidia y sofocado de rarefacción, apostando al apocamiento y la minoración, muriendo de asfixia dentro de una burbuja de fruslería y mezquindad. Habitan en un pantano en que lo vano flota en la superficie y lo grávido se hunde tragado por el lodazal, como si la genialidad fuera un iceberg medio emergente en un mar de fango. La única ventaja es que la mediocridad invita a la colabora-

ción, y así los medios seres conjugan el verbo nadar: «yo no soy nadie, tú no eres nadie, ella no es nadie, ellos no son nadie, pero juntos constituimos una sociedad». Además, las medianías tienen una habilidad de sobrevivencia mayor que la de los genios. Si no me creen, piensen en quiénes rodean a los poderosos: nunca son lo geniales sino los mediocres, porque son tan serviles como perseverantes; mientras que los genios son siempre exasperantes y calmos. Como corolario diré que los mediocres envidian la genialidad y, como mayoría que son, procuran destruirla cuando tienen la suerte de toparse con ella.

Dilecto Lector, si eres mediocre, alcanzarás muchos triunfos, pero si eres genial, saborearás muchos fracasos. Recuerda que todos los grandes genios de la humanidad paladearon el desprecio y padecieron el rechazo, y se vieron forzados a crear con la mano derecha y a defenderse con la izquierda. La lección de Sócrates nunca ha sido aprendida por los magnánimos, y por eso cada generación de tus congéneres sacrifica a sus mejores cabezas mediante un juicio sumario encabezado por un grupo de medianías. Todo genio tiene su jauría de mediocres que lo persigue. Caro Lector, no te preocupes si no eres genial, porque vivirás regocijado y en la opulencia; pero si lo eres, permíteme que te participe mi pésame, porque tu vida será un largo camino de trampas y de espinas hasta empobrecerte de todo aquello que te singulariza. ¡Y mira que quien te lo dice es el animal no racional que más admira la genialidad! Mi destino ha

sido el más cruel de toda la historia zoológica, pero ya poco importa porque tras un largo proceso de rehabilitación, he sido convencida de buscar, ya no el gozo del talento, sino únicamente la sobrevivencia en un mundo rastrero.

Por nuestro conducto, devoto y esforzado lector, te pedimos perdón por el atrevimiento de romper las leyes de la Madre Naturaleza que todos compartimos y que nos prohíbe oralizar nuestras imbecilidades,

La Serpiente bíblica.

Carta novena

ELOGIO DE LA VIOLENCIA

Soy un animal que admira la violencia, no porque odie el yugo y el dogal, la coyunda y el freno, sino porque llevo en mi naturaleza leyes que me la imponen y leyes que me la prohíben. A pesar de que los animales nacemos en libertad, a campo abierto y bajo la mirada de los astros, la humanidad nos ha impuesto costumbres hogareñas que reprimen nuestra naturaleza. La suya es tiranía doméstica, aunque sin potro y sin tormento, pero con terribles constreñimientos. Ningún animal ha muerto en la horca ni caído en prisión, como muchos de ustedes que habitan en mazmorras y cárceles por no haberse civilizado... o domesticado, que es lo mismo. Por eso tengo odio a la represión y fobia a la crueldad.

Nuestros amos son arbitrarios, peores que caciques, verdaderos verdugos que nos aherrojan, tiranos que nos sitian por hambre y nos asedian con trabajos forzados. Ser animal domesticado en peor que vivir en galeras con la amenaza de los malos tratos y el encierro. Sufrimos el golpe del látigo y la sombra del borceguí del amo, con el hocico amordazado y el dorso enfundado en camisa de fuerza. Los humanos han logrado domesticar únicamente aquellos animales que son débiles, pero nunca han podido domar a los animales fuertes. Los que somos astutos hemos aprendido a acep-

tar la inexorable domesticación y a aparentar la aceptación de la voluntad humana.

Las bestias tenemos mayor vigor que el hombre y que la mujer porque nuestra fuerza muscular está más desarrollada. Somos forzudos y, a la vez, raudos; mientras que el humano es débil y lento. Ustedes son valientes pero nunca, intrépidos, a menos que se comporten como bestias. Por más que pongan toda la potencia de sus pulmones, nunca tendrán la fuerza de un caballo. Si bien nuestra fuerza es bruta y nos deja sin aliento, también es cierto que si ustedes hubieran carecido de nuestra ayuda, aún vivirían en cavernas.

A los irracionales nos gusta la violencia, pero no tanto como ustedes que sienten por ella una fascinación. «El hombre es el lobo del hombre», dicen para esconder su crueldad, pero ni los cánidos ni nosotros los felinos mostramos tanto encarnizamiento, ni tanta fiereza. Tener el hocico chorreando de sangre al devorar una presa es condición natural; pero otra condición sería si paladeáramos más el dar muerte, que el satisfacer nuestras necesidades fisiológicas. Los animales tenemos la habilidad de matar, pero no poseemos la facultad de asesinar, ésa sólo le pertenece al género humano. La violencia humana es la crueldad irracional de un animal racional.

Dice un proverbio somalí que si el leopardo posee la inteligencia de siete hombres, el chacal goza de la astucia de siete mujeres. Estos animales han mostrado por siglos tal sagacidad que en África y en Asia se han convertido en protagonista de innumerables leyendas. El chacal es un cánido, primo del lobo, con largas y aguzadas orejas, hocico afilado y patas finas; aunque de día es un solitario, de noche sale en pareja a cazar pequeños mamíferos y aves. Yo no lo escogería como pariente.

El lobo es el animal más voraz que existe. Devora desde un

insecto hasta un animal mayor; ni siquiera perdona a otros lobos. Así que es carnívoro y caníbal; como también lo es el hombre. Los lobos viven en manada durante los crudos inviernos, tienen sus crías en primavera y se dispersan cuando llegan los climas mejores. Sus lúgubres cantares que ululan en la noche, avisan su terrorífica presencia y producen temor y tristeza a todos los que los escuchamos. El coyote o lobo de la pradera es más pequeño y menos peligroso, teme al hombre y sólo come pequeños animalillos salvajes. Tampoco los escogería como parientes.

El zorro es primo del lobo y del chacal. Su astucia ha inspirado un elogio aplicado a los humanos: «Tan astuto como un zorro». Esta fama nace a partir de un sangriento deporte practicado hoy en Inglaterra. El zorro ha aguzado tanto su ingenio que en ocasiones merecería el indulto porque supera a sus enemigos—cuadrúpedos o bípedos—, al ponerse a salvo tras un largo día de cacería. Los cazadores se auxilian de los sabuesos, quienes traicionan a nuestra Madre Naturaleza, y entregan a sus congéneres al tormento y a la muerte; todo por conservar los beneficios de la domesticación. Tampoco escogería al zorro como pariente.

Existen perros salvajes y perros domesticados. Los perros salvajes tienen costumbres similares a las de los zorros y diferentes a las de los lobos. Viven en feliz libertad, como el dole o perro rojo de la India o el perro salvaje de África. Rara vez aúllan mientras cazan, aunque su ronco y temible ladrido se escucha ubicuo en la selva. Cazan a sus presas por cansancio porque son más ágiles que el antílope: las persiguen hasta el agotamiento. Aun los feroces tigres temen a los doles y buscan refugio en las ramas altas de los árboles hasta que la jauría roja se aleja. El hermoso dingo de Australia es un perro domesticado que decidió volver al estado salvaje y vive libre en las praderas australianas; es un encarnizado enemigo de las ovejas.

Un dato curioso: los perros domésticos no descienden de los perros salvajes, sino están emparentados en línea directa con los chacales y los lobos. Mis congéneres me han contado que hace milenios cuando el hombre primitivo tenía las mismas costumbres salvajes de los cuadrúpedos, un lobo y un humano hicieron un pacto para compartir una cueva y fundar una civilización. Con el tiempo ambos cambiaron, los hombres se hicieron hogareños y los lobos domésticos, pero ambos guardaron, entre sus voces interiores, el llamado de la selva que los incita a la vida nómada y libérrima. En compensación a la sujeción civilizada, ambos desarrollaron el paladar para la violencia. Definitivamente los perros no son mis parientes.

Hay un animal aún más temible, la hiena, prima lejana del perro a pesar de ser la bestia más fea y el rapaz más repugnante de la Naturaleza. Como todos los cobardes, las hienas están dispuestas a atacar a animales de menor fuerza, con el disfrute de la pelea desigual y el fingimiento de la derrota, para darse la vuelta y sorprender a su enemigo por la retaguardia. Cuando se sienten deprimidas, no tienen el valor de buscar su alimento, sino que se deslizan furtivamente y engulle la carroña abandonada por animales más valientes. Por eso las hienas ríen, en vez de ladrar o aullar; es un chillido cínico que parece la risa de un demente. Es un demonio que ríe mientras eriza su erizado pelambre sobre su lomo como el ala de un monstruo que llaman grifo. Sus patas traseras son desproporcionadamente cortas, y cuando gruñe, muestra sus colmillos en horrible mueca. Los hiénidos tienen un dicho que invierte aquél que reza: «El hombre es el lobo del hombre», y afirman riendo que «la hiena es el hombre de la hiena». Nunca he entendido por qué las hienas y los hombres tienen predilección por las materias corruptas. Por algo será. Huelga decir que parientes no somos.

De todos los animales domésticos, los felinos somos los más inteligentes y los que mejor hemos logrado domar al hombre y a la mujer. Nos disgusta que nos llamen gatos porque preferimos nombres más sofisticados a la altura de nuestra naturaleza. A mí me place el nombre de Micifuz. Hemos condescendido a vivir con los humanos con la condición que seamos mimados y estemos bien alimentados. ¿Quieren saber cuál es el lugar más cómodo de un hogar? Busquen donde dormimos: el sitio más mullido y sin corrientes de aire. Nunca seguimos a los amos, como lo hace el perro, sino siempre les precedemos, como hacen los reyes. Muchos creen que somos animales con ínfulas, pero nadie nos supera en despertar sentimientos de afecto en el corazón de los humanos.

Hay dos razones para que los felinos domesticados seamos arrogantes y reservados: nuestra genealogía y nuestra heráldica. Nadie que viva con los humanos puede reclamar parentesco con el magnífico león africano y con el poderoso tigre de las selvas índicas. Para probar nuestra consanguinidad podemos apelar al hecho verificable de que somos su versión reducida, como si fuéramos su foto de pasaporte. Además, los tres tenemos habilidades natas de cazadores: sabemos acechar y nuestras patas no producen ruido al caminar porque están revestidas de suaves cojines para que nuestra presencia no sea apercibida, y con pasos silenciosos nos acercamos a la víctima hasta arrojarnos sobre ella y apresarla. A mí no me aburre que el trofeo sea un pequeño ratón, lo importante es la técnica. También nos semejamos a los leones en que conservamos nuestras garras escondidas hasta el momento del ataque. No es cobardía ni traición, sino simple astucia. Todos los felinos tenemos vista penetrante y oído fino, pero no olfateamos a la presa porque los malos olores no son de nuestro agrado. Despreciamos a los cánidos porque se huelen la cola. Nosotros somos los animales más limpios, aunque nos disgusta el agua. El baño es

para los animales sucios, como el perro. Nuestros ojos son diurnos y nocturnos porque nuestras pupilas se contraen en angostas ranuras de día y de noche abren centellantes filamentos ópticos.

Los egipcios fueron los primeros humanos con quienes aceptamos compartir la casa, y eso porque fuimos considerados animales sagrados; nos relacionaban con las diosas Isis y Blast, protectoras del matrimonio. Cuando se moría un menino, lo embalsamaban con costosos vendajes y los miembros de la familia se afeitaban las cejas en señal de duelo. Aquí afirmo categóricamente que es pura verdad que los gatos europeos descendemos de nuestros ancestros egipcios; sin embargo, en ese continente tan racional pronto dejamos de ser sagrados. En la edad media, se creyó que los gatos éramos emisarios de hechizos y agentes de brujería hasta tal punto que un gran número de congéneres míos fueron quemados junto a sus amos en dolorosos autos de fe.

Es insostenible la idea del origen persa de los gatos de angora, a pesar de su pelo largo y su sedosa cola; provienen de Turquía. Los gatos más aristócratas son los siameses y los más palurdos son los mexicanos, no sólo porque carecen de pelo, sino también porque únicamente se localizan en una vieja tribu indígena de Nuevo México. Hoy el gato negro es asociado con la mala suerte, mientras el gato blanco ha llegado a simbolizar la luna.

Yo fui una micifuz que se deleitaba en la comodidad del hogar, con el sonido adormecedor de la televisión y el sabor de las croquetas gateriles; en una palabra, que disfrutaba de la civilización humana. También aprendí a amar su cultura: Mozart es mi músico favorito porque sus armonías me inspiran sueños plácidos. Me interesa la historia y la filosofía. Mucho aprendí en mis paseos por la universidad. Hubiera preferido ser una mascota doméstica de Sócrates o de Platón, pero me tocó ser compañera de hogar de Clotilde y Vladimiro; mi amo es un vulgar ingeniero industrial y

mi ama una aspirante a diputada suplente por el partido de oposición. Me hubiera gustado poder explicarles a mis amos lo terrible que es la violencia, pero nunca pudieron entenderme porque a él le complacen más las rubias y a ella, la liberación femenina. Las palabras que pudiera haberles dicho, las escribo en esta misiva.

Habemos dos tipos de animales domésticos. Aquellos que comparten dentro de la casa y aquellos que comparten fuera de la casa. Los primeros son los intradométicos: los gatos, los perros y una infinidad de animales sustitutos de hijos ausentes, de parientes alejados y de amigos traidores. Los segundos son los extradomésticos, animales útiles que son extensiones de las extremidades limitadas del hombre, como el caballo y el elefante que le proveen de piernas más veloces y seguras, o el buey y el burro que le dan brazos más provechosos. Pronto todos aprendemos a hacer lo que nuestros amos nos mandaban. «¡Que gato tan listo!», afirman, por querer decir: «¡Que gato tan obediente!».

Ustedes han olvidado que el génesis guarda entre líneas la historia de los animales domésticos: «*En el día quinto de la creación, Yavé creó a los animales domésticos, y hasta el día sexto, al hombre. Dijo Yavé: «Brote la tierra seres animados según su especie, ganados, reptiles y bestias de la tierra». Y vio Yavé ser bueno. Así la distribución fue en tres grupos: los ganados, que el hombre utiliza; las fieras, con quienes tiene que luchar, y los reptiles, que se arrastran por la tierra. Díjose entonces Yavé: «Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza, para que domine sobre los peces del mar, sobre las aves del cielo, sobre los ganados y sobre todo cuanto vive y se mueve sobre la tierra». Y en terminando se dijo Yavé: «No es bueno que el hombre esté solo, voy a hacerle una ayuda proporcionada a él». Y Yavé trajo ante el hombre todos cuantos animales del campo y cuantas aves del cielo formó de la tierra, para que viese cómo los llamaría. Pero*

esos animales domesticados hicimos que el varón deseara tener, como nosotros, una compañera de su misma especie. Y Yavé creó una mujer partiendo de la costilla del varón, a quien vimos operar y cerrar el lugar con carne. Así las mascotas domésticas contribuimos a crear a la primera mujer, a la varona».

Después vino la historia de la tentación legendaria. La primera pareja humana no logró domesticar a la serpiente, lo que causó su caída. Y Yavé los expulsó a los tres del jardín del Edén. Nosotros los acompañamos a pesar de que teníamos el derecho de permanecer en el paraíso. Los descendientes de sus primeros padres siempre tuvieron animales domésticos; como prueba menciono al bisnieto Jabel, porque fue el patriarca de aquellos que pastorean ovejas.

En tiempos de Noé, la tierra estaba toda corrompida ante Yavé y llena toda de violencia. Díjole Yavé a Noé: «Hazte un arca de maderas resinosas y de todo viviente y de toda carne meterás en el arca parejas para que vivan contigo, macho y hembra serán. De cada especie de aves, de ganados y de reptiles vendrán a ti por parejas para que conserven la vida». Y así nos salvamos del diluvio universal. Cuando las aguas bajaron, soltó Noé una paloma, la que volvió con una ramita de olivo en el pico en señal de primavera. Cuando por fin bajamos del arca, Noé escogió a los más puros de entre nosotros y ofreció en gratitud a Yavé un sacrificio. Huelga decir que los felinos no fuimos elegidos. Así desde los tiempos bíblicos hemos acompañado a los humanos. Fue una alianza duradera, pero los tiempos han cambiado.

Antes éramos compañeros amistosos y bestias indispensables, pero hoy los humanos prefieren a las máquinas, que sin duda le son más útiles, pero que nunca podrán ser tan cariñosas como los animales domésticos. Unos pocos de los humanos nos protegen y nos llaman *pets*. Vivimos en modernos apartamentos y via-

jamos en avión, comemos galletas sintéticas y tenemos médico familiar y peluquero. Los más afortunados tienen hasta siquiatra. Nacemos y morimos en clínicas, y reposamos en tumbas como los faraones. Hemos olvidado la *grossièreté* y la *brusquerie*, y somos vivas contradicciones del proverbio que dice: «cumplimientos entre soldados son excusados», porque nos comportamos como condesas. Todos estos beneficios son para que se nos olvide la vida salvaje y para desoír las voces primitivas de la violencia, y sobre todo para que prometamos que nunca volveremos a ser salvajes. Domesticar es dominar. Vivimos con comodidad pero añoramos ser libres.

Los gatos hemos sido los eternos observadores de la humanidad, somos testigos de su violencia creciente y de su corrupción social. Los oímos hablar sólo de vanidades y los vemos ganarse a pulso sus enemigos. Tal es el desastre ecológico de la tierra que muchos de los *pets* hemos comenzado a escuchar la voz de los orígenes que nos insta a volver a la pradera, a regresar a la montaña, a retornar a la sabana o a reintegrarnos a la selva. Dejar de ser *pets*, olvidar lo civilizado que resultamos las mascotas domésticas, borrar de nuestra memoria las enseñanzas que nos hacen hogareños, son ahora nuestros sueños. Estamos esperando una señal en los cielos o un cambio en el cosmos, para alejarnos de nuestros amos y de sus ciudades insalubres. Queremos ser violentos de nuevo y pelear para merecer nuestro alimento. En una palabra, seguir otra vez la ley natural impuesta por nuestra Madre Naturaleza y tratar de olvidar la cárcel en que nos han tenido los humanos por tantísimos siglos. Es la esperanza de la libertad original.

Ese día anhelado será otro génesis para los irracionales, pero los humanos sufrirán tanto como en el diluvio. Saldremos los animales de las ciudades humanas, caminaremos por todos los rumbos hasta que encontremos el hábitat que nos corresponde, y

allí impondremos la ley de la violencia natural. Las ciudades humanas quedarán casi solitarias, sólo serán habitadas por las mujeres, los hombres y las máquinas. Los zoológicos quedarán vacíos y todas las bestias huirán de las selvas de asfalto. Las plantas se morirán sin que sus flores sean fecundadas. Las aves emigrarán hacia horizontes ignotos. Hasta los insectos seguirán el camino que los aleja de lo civilizado. Un animal irracional será nuestro profeta y, como nuevo mago Merlín, nos guiará a la tierra primigenia. Cuando nos hayamos ido, ¿quién recordará a los humanos lo importante de la verdadera amistad? No habrá máquina que ronronee ni computadora que mueva la cola en señal de lealtad. Los semáforos sustituirán a las mariposas; los aviones, a las aves; y los animales de peluche, a los mejores amigos del hombre.

Una gran cualidad de los irracionales es que somos incorruptibles, el éxito o la felicidad no corrompen nuestro instinto. Para nuestro beneplácito, hay una obligatoriedad firme en nuestro instinto: nacemos, crecemos, nos reproducimos y morimos, sin que podamos alterar ese caminar de la Naturaleza para beneficio de nadie. Pero para el hombre y la mujer las cosas son distintas. Para ustedes, la corrupción es la desviación del bien común para el beneficio individual, es el deterioro social por decisión individual. Por eso el humano es el único animal corruptible. Temprano o tarde ustedes disfrutan de la corruptela. Alteran el nacer, modifican el crecer, falsifican el procrear e intentan escabullirse de la muerte. En una palabra, la corrupción es el acto egoísta de desertar de las huestes de nuestra Madre Naturaleza, es trastornar sus leyes para servir a unos pocos, es pudrirse poco a poco en vida.

Por el contrario, los animales nos corrompemos sólo cuando hemos alcanzado la muerte y nuestro cuerpo de agusana, se convierte en desfile de necrófilos y en festín de tanatóboros. Y cuando

todo se ha convertido en polvo, regresamos al fango elemental, aquél del que todos partimos. Así pasamos de cadáver, a ser polvo, sin convertirnos en sombra, ni menos llegar a la nada. Aquellos de ustedes que han optado por la corrupción como medio de supervivencia, se van pudriendo en vida y en vez de tener muchos gusanos, sólo tienen uno enorme, que se llama *ego*, que los hace polvo, y que les descubre su propia *sombra* y que les oculta que pronto serán su *nada*. Para los humanos, la corrupción es la danza de los gusanos: las *gusanerías*, cuando cantan y bailan aquello de: «Ya me comen, ya me comen / por do más pecado había».

Su corrupción es la mayor de las violencias, aunque sus frutos sean compartidos por muchos y parezca que este ardid no hace sufrir a nadie. Es el resultado de una política astuta y de una pérfida manipulación. Sus engaños tácticos y sus fraudes en la democracia hacen que el Caballo de Troya sea hoy un juguete de niños. ¡Qué bueno que en la selva no existen bestias como Nerón, Tartufo o Hitler! Para ser un político de éxito es necesario convertirse en un desleal iconoclasta y en un ideólogo que sea tan taimado como trapacero, y también en un estadista que no sienta escrúpulos de comportarse como un truhán y un redomado marrullero. Por cada diputado ambicioso, hay un secretario tramposo y un juez fraudulento; y por cada alcalde amañado hay un falso regidor y un abogado millonario. La corrupción es la plaga negra de la selva de asfalto.

La corrupción humana es descomposición social, podredumbre de todos para beneficio de pocos. Toda macro urbe es pudridero. Las casas son pústulas y las calles, veredas gangrenosas; las plazas son espacios sarnosos y las iglesias, llagas purulentas.

Los malos empresarios carroñan la sociedad

los políticos ambiciosos apostеman el espíritu
y los líderes desleales gangrenan las agrupaciones
Las universidades están en pútrida descomposición
y los artistas gozan de estreñimiento creativo
Todo es pus cancro lepra y zaratán
Los humanos constituyen una gran sífilización
que es enfermedad venéreamente urbana por la unión hipócrita y por la solidaridad embustera
Su sociedad es suciedad y su mundo
es inmundo La más temible
contaminación no es la ambiental
sino la perversión interna
La corrupción es erisipela espiritual y
vicio contagioso
Su afección es infección y todo su
esfuerzo es espermatorrea
Sus buenas palabras son esputos a la inteligencia
sus buenas intenciones expectoraciones de la degeneración y sus logros mucosidades de la degradación
Lo pernicioso y lo nocivo
de su sociedad conduce irremediablemente a la penitencia de la desmoralización y al martirio de la depravación
¿Qué es ese hedor? ¿Esa peste putrefacta
que emana de todas las ciudades?
Ciudades de excremento petrificado
con rascacielos de basura comercial y fuentes de químico orín
con cielos opacos de nubes industriales
con palacios de enmohecidas pátinas necrófagas
con praderas desecadas por
los residuos radiactivos
Casas que son pocilgas y apartamentos que son zahúrdas
Aguas encenagadas que conforman ríos

conducentes de impurezas hasta el m a r
que pronto será un *mare nostrum* de m i e r d a
La mayor ciudad del cosmos
toda cubierta de heces y de zu rr a p a s
de chafarriñones y de ch u rr e t e s
La Troya de la guerra del mercadeo
los humanos hacen el amor entre
lagos de légamo y fétidas cloacas
La cosmopolita Babilonia
cuyos poderosos viven en pudrideros dictatoriales o
en su defecto en pudrideros demócratas
La Samarkanda de los palacios bancarios
cuyo lema es: «Me corrompo luego éxito»
Letrinas en vez de lavabos
alcantarillas en vez de ventanas
husillos por senderos y caños como vasos comuni-
cantes
Faeces y *mucor*
Sodomas con catedrales de estilo neoliberal
macro urbes que son museos de la violencia
La Gomorra del tercer milenio
cuyo pecado no es enamorarse de su mismo sexo
sino de su otra mitad
La Nínive de la posmodernidad
Estercoleros sin bacín
miserias sin orinola
muladares sin albañal
ciénagas sin retrete
La Jerusalem de la era de acuario
Ojo por ojo
diente por diente
sexo por sexo
Hombres que gozan de la satiriasis de su codicia
y mujeres que complacen el uterino furor de su ambición

Gente que garjea y esputa
orina y defeca
Basura que contamina
Que embarra
que emporca
La Babilonia de la globalización
Un lagartijero sin columna mingitoria
AD REIM

Querido Lector, pensarás que esta misiva es un elogio a la escatología, pero te equivocas, es ni más ni menos que una metáfora de la corrupción humana porque es *morbos* del alma, vicio del entendimiento y destemplanza de la voluntad. Paraliza el cuerpo de la sociedad hasta que ésta termina diciendo: «¡No tengo hueso que me quiera bien!». A mis congéneres no les gusta la corrupción ni menos la suciedad. Por eso, los felinos tenemos la fama de ser los animales más pulcros.

La violencia es una palabra que hoy parece estar en todas las bocas humanas. Cuando paseo me he metido en ese espacio que ustedes llaman universidad, allí aprendí que los investigadores han buscado el origen de la palabra «Violencia» y han descubierto que no existió en los siglos en que las lenguas modernas humanas se formaron. En el siglo xiii, hizo su aparición en el castellano como adjetivo, *violento*. Después, en el siglo xiv, el adjetivo que describía una cualidad concreta dio origen a un concepto que parece vivir por sí mismo en el mundo de las ideas: la violencia. Pero, ¿qué es la violencia? El primer diccionario escrito en castellano dice:

1) Fuerza o ímpetu en las acciones, específicamente en las que se incluyen movimiento;

2) Se llama asimismo la fuerza que se hace a alguna cosa para sacarla de su estado, modo o situación natural;

3) Fuerza con que alguno se le obliga a hacer lo que no quiere por medios a que no puede resistir;

4) La acción violenta o contra el natural y racional modo de proceder;

5) El acto torpe ejecutado contra la voluntad de alguna mujer.

La violencia queda marcada con tinta sangre de alacrán en las almas de las/los ultrajadas/os porque inciden en ellos tres motivos de indignación: la perfidia del violador, la infracción de la ley natural y la deshonra de aquello violado. Ha habido tanta violencia en la historia humana que si la suprimieran de sus crónicas, ya no contarían con una Historia. Así hemos nosotros evidenciado que la violencia humana ha sido parte substancial de su cultura: nació con ustedes y con ustedes morirá.

«Contra violencia, prudencia», dice el saber popular humano, pero ¿será la prudencia su contrario? No hay discreción humana que baste para librarnos de la humanidad violenta. Si cada concepto tiene un contrario, como el amor al odio y la muerte a la vida, ¿por qué la violencia no cuenta con un antónimo? La paz ciertamente no lo es. Habría que inventar ese concepto que algunos de ustedes han calificado de «anti violencia», pero esa palabra no nos satisface. Todos

los diccionarios aportan definiciones de la violencia como efecto, pero déjenme decirles que la violencia que hoy palpo cada día más es de naturaleza distinta. No es la violencia que atropella y que abusa, sino violencia de causa que es principio de pensamiento y de conducta. Es la violencia de los débiles y la fuerza de los indefensos.

Después de mucho pensar he descubierto que hay dos categorías de violencia. Una viene de los poderosos y otra proviene de los débiles. La primera abusa y es despótica; la segunda reclama y es santa ira. La primera categoría pudiera ser calificada de la violencia del cíclope y la segunda categoría, de la violencia de Ulises. Voy a recordarles una vieja historia que ustedes admiran: en la *Odisea*, cuando los Cíclopes esclavizaron a Ulises y sus hombres para comerlos, Ulises emborrachó con engaños a Polifemo, el rey de los cíclopes, y luego con una antorcha le cegó su ojo único. El cíclope abusó y fue violento, y Ulises se rebeló y fue violento; pero estas dos manifestaciones de violencia no son de la misma índole. La violencia de los humanos es similar a la de los cíclopes que esclavizaban para devorar; mientras que la violencia de los animales es similar a la violencia que mostró Ulises para liberarse de la tiranía de los cíclopes.

Aunque toda revolución es violenta, no siempre los movimientos sociales son quebrantamientos de la ley natural. Se hace un levantamiento, pero el sol sale a iluminar el día. Se promueve una insurrección, pero la primavera triunfa sobre el invierno. Se crea un motín o se hace un pronunciamiento, y el cosmos sigue en equilibrio. Así la ley natural

sobrepasa a las leyes humanas, porque nuestra Madre Naturaleza está del lado de la justicia. No hay código natural que esté a favor de la severidad de las leyes draconianas o que fundamente las leyes de Licurgo. Aun en la tiranía el sol sale y el primer verdor aparece después del crudo invierno. Para la Naturaleza sólo hay validez en la Libertad y, en ausencia de ésta, todos sufrimos de la sed libertaria que se sacia con sangre y del hambre de independencia que se sacia con dolor. No hay esclavitud humana o animal dispuesta a apreciar la dictadura; ni incensario capaz de santificar a la ya poco santa inquisición. Toda imposición es crueldad. Toda inclemencia es subyugación. Toda intolerancia es tiranía. Porque la imposición, la inclemencia y la intolerancia son corrupciones *contra natura* del Poder.

Todos los que ustedes llaman héroes murieron a manos de los cíclopes de su tiempo, pero no por eso su lucha terminó. Al final triunfaron aunque su victoria fuera *post mortem*. Toda *levée en masse* y toda resistencia es una erupción social. Los latinos decían «*Delirunt reges prectuntur achivi*». Contra el carro del vencedor está la fuerza de los débiles. Ni el reinado del terror, ni la ley marcial puede triunfar contra la fuerza de libertad de los desvalidos. Hoy el «ordeno y mando» invita a la desobediencia y al desacato. Toda apostasía esconde un tumulto de débiles y toda defección esconde una baraúnda de mequetrefes. Lo que es inclemente invita a la resistencia; lo inexorable, a la contravención; lo intransigente, a la insubordinación; y lo intolerante, únicamente conduce a la rebeldía.

Hay que pronunciarse en contra de la violencia del cíclope y a favor de la violencia de Ulises. El primero fue un rebelde sin causa, pero habemos otros que tenemos causa. Hay que levantarse en masa para sacudir el yugo y hacerse libre. Hay que abolir la esclavitud de la domesticidad. Animales en rebeldía, en pugna contra la civilización y en favor de la barbarie. ¡Vivan los rebeldes y los insurrectos! ¡El *carbonario*, el *sans culottes* y el *frondeur*! ¡Vivan los anarquistas y los descamisados! ¿Qué sería de la historia de Roma sin Espartaco, el jefe de los esclavos sublevados contra la tiranía romana? ¿Qué sería de Inglaterra sin Wat Tyler, líder de la sublevación de los campesinos en 1381 en oposición al aumento desmedido de los impuestos? ¿Qué sería de Nápoles sin Masaniello, el pescador napolitano jefe de los sublevados contra Felipe IV de España? ¿Y de Irlanda sin John Cade, revolucionario que se sublevó contra Enrique VI? ¿Y de México sin Miguel Hidalgo, quien abolió la esclavitud por primera vez en el continente americano en 1810? Pero, ¿dónde están los héroes de nuestra Madre Naturaleza que nos reintegren a la vida salvaje?

Los animales domésticos clamamos por un movimiento de violencia que parta de los débiles. La asamblea de los Animales necesita de un movimiento de santa ira: masas que desfilan en silencio, miles de animales que recorren calles, sin voces y sin violencia, sólo con velas que simbolizan nuestras calladas esperanzas. Y si con esto no somos redimidos, pues recurriremos a una revolución. Necesitamos una promesa política en el mundo natural. ¿Acaso no es la lucha de la libertad animal por una nueva integración zoológica lo

contrario a la corrupción humana?

¿Qué es, pues, la violencia de los débiles? La no aceptación de la historia como la hemos estado viviendo. El deseo de purificar el pasado, de condicionar el presente y de moldear el futuro. Toda violencia que proviene de los movimientos populares nace del sueño compartido de un mejor futuro. Mientras que la violencia del cíclope que llena las páginas de sus periódicos y las horas de su televisión, nace de la pérdida de la caridad que hace ver en el *otro* un utilísimo recurso. Por el contrario, nuestra violencia pregona que los destinos no llegan a la felicidad natural, y es un aviso de que aun estando cansados, tenemos la reciedumbre de seguir jalando el carro de Nuestra Madre Naturaleza. La nuestra no es una violencia que genere más violencia, sino la ira de habernos cansado de esperar.

¿Cómo acabar con una civilización humana corrupta y violenta? Los animales domésticos no tenemos esa respuesta porque estamos barruntando otra más nuestra. Yo soy una bestia que tiene el don de la profecía. Todos los felinos lo tenemos, aunque yo me he adentrado más por esos caminos esclarecedores.

Muy pronto todos los animales domesticados huirán a la selva, o a lo que queda de la selva porque ya no quieres compartir la civilización humana. Será la revolución del las mascotas doméstica. Y que su Dios los proteja porque nuestra Madre Naturaleza nunca se ha apartado de nosotros. Por eso hemos partido en busca de la libertad.

Soy una humilde gata que medita sobre la humanidad, pero no ya desde un mullido sillón o en los pies de una cama. He regresado al estado natural. Ya no soy una minina, ni una micifuz, ahora soy una gata salvaje. Soy consciente de que tengo miedo, siglos de esclavitud hogareña restaron mi fortaleza. Mis garras se quiebran, mis ojos no vislumbran las presas. Mis oídos son sordos para conocer los sonidos de alerta en el campo enemigo. Mis patitas están hinchadas y mi cuerpo está lleno de arañazos y raspones, pero soy libre y puedo reír sin ser hiena.

¡Cuánto tiempo perdido! ¡Los animales domésticos—los *ganados* de la biblia—debimos de haber permanecido en el jardín del Edén! ¡Allá regresaremos! A ese paraíso del que salimos sin estar maldecidos por Yavé, donde no hay llanto ni crujir de dientes, en donde cuatro ríos se cruzan y en donde aún permanece frondoso el árbol de la sabiduría.

Me he afianzado a mi nuevo destino como *si me agarrara a un clavo ardiendo*. Ser salvaje es más difícil que ser civilizado. Me siento averiada y agotada, en una palabra, acabada. No me he readaptado a ser fiera; me falta el ímpetu salvaje, el impulso feroz y el frenesí del bruto. Todavía me siento humanizada. Cuando corro, la pradera no podría opinar que siente un trote tendido que corta el aire. Sigo siendo torpe. Podría brincar de casa a casa y caminar con dignidad sobre el asfalto, pero no logro trepar a los árboles y deslizarme sobre el fango y la arena. Paso hambres porque no sé cazar más que ratones, y tengo el presentimiento que terminaré siendo devorada por un hambriento enemigo.

Hay noches en que siento el bullebulle de volver a la civilización, sobre todo cuando veo a muchas bestias que deciden regresar, tras una dolorosa derrota interna, a ser vulgares mascotas. Sin embargo, mi vocación de ser salvaje es en mí una compulsión. Admiro a las bestias que están por domar, que no han sido contaminadas por el vendaval de la violencia urbana y el tufo de la corrupción de todas las civilizaciones humanas.

A veces siento que mi lucha ha sido una impostura a mi naturaleza y una traición a la humanidad, y que ya nunca volveré a integrarme al jardín salvaje del Edén. Otras veces deshecho estos pensamientos como la peor de las ponzoñas.

Todo sea por la Bestialidad,

Una Gata entrada a profeta.

EDICTO

DE LA

ASAMBLEA DE LOS ANIMALES

EDICTO
DE LA
ASAMBLEA DE LOS ANIMALES

La Asamblea de los Animales *por el poder que le ha conferido nuestra* Madre Naturaleza *declara:*

> *Que la Naturaleza es una y es Madre para todos.*
>
> *Que ya no tienen validez los fundamentos que dieron lugar al Reino Animal.*
>
> *Que los humanos han detenido el proceso de la evolución.*
>
> *Que es responsabilidad de todos construir la Primera Democracia Natural.*
>
> *Que no aceptamos más a la humanidad como la cumbre de la evolución, sino como una rama zoológica falaz que ha cometido graves fallas.*

Dado el mal manejo que la humanidad ha tenido del Reino Natural en el periodo en que actuaron como reyes de la creación, la Asamblea de los Animales *ha tomado la decisión de derrocarlos y de suspender su participación en el pleno de la Asamblea.*

Segundo folio

EDICTO
DE LA
ASAMBLEA DE LOS ANIMALES

A partir de la publicación de este edicto, todos los hombres y las mujeres quedan destituidos de sus derechos naturales en espera de que los póngidos inferiores gesten nuevos frutos del proceso evolucionista para que esos nuevos seres sean los portadores de los genes que procrearán otra estirpe, aquélla de los rizomas*, que esta vez no será humana, pero sí, magnífica.*

Las nueve cartas que anteceden a este Edicto *y que sirvieron de fundamento a la decisión de la* Asamblea de los Animales*, quedarán como testimonio de lo mucho que algunas especies han adelantado y del atraso en que ha quedado relegada la humanidad.*

Todos estos esfuerzos y los que hagamos en el futuro tendrán como misión dar pleno cumplimiento, en una era que avistamos cada vez más cercana, a todas y cada una de las demandas de nuestra Madre Naturaleza.

La Asamblea de Animales